
Nuevos modelos
económicos: ¿nuevos sistemas
de movilidad social?

Agustín Escobar Latapí



NACIONES UNIDAS



políticas sociales

Nuevos modelos
económicos: ¿nuevos sistemas
de movilidad social?

Agustín Escobar Latapí



NACIONES UNIDAS



División de Desarrollo Social

Santiago de Chile, julio de 2001

Este documento fue preparado por Agustín Escobar Latapí, Consultor de la División de Desarrollo Social de la CEPAL y presentado en la primera reunión técnica sobre Estratificación y Movilidad Social en América Latina, realizada en la CEPAL entre el 9 y 10 de noviembre de 2000, en el marco del proyecto CEPAL/GT2 sobre Equidad Social en América Latina.

Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

Publicación de las Naciones Unidas

LC/L.1574-P

ISBN: 92-1-321876-1

Copyright © Naciones Unidas, julio de 2001. Todos los derechos reservados

N° de venta: S.01.II.G.117

Impreso en Naciones Unidas, Santiago de Chile

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse al Secretario de la Junta de Publicaciones, Sede de las Naciones Unidas, Nueva York, N. Y. 10017, Estados Unidos. Los Estados miembros y sus instituciones gubernamentales pueden reproducir esta obra sin autorización previa. Sólo se les solicita que mencionen la fuente e informen a las Naciones Unidas de tal reproducción.

Índice

Resumen	5
Introducción	7
I. Crisis, reestructuración y sistemas laborales	11
A. Crisis, reestructuración e incertidumbre: México después de 1981	13
B. Reestructuración de los sistemas laborales urbanos	19
C. La reestructuración de los sistemas laborales rurales.....	21
D. La redistribución del PIB tras la reestructuración	26
II. La movilidad como migración interna e internacional	29
A. La migración interna: de la dinámica endógena a la exógena	29
B. La migración internacional: cambios en tamaño, composición y región de origen.....	31
III. La movilidad social	35
A. La desigualdad en el logro ocupacional según género y clase: movilidad intergeneracional al primer empleo por clase, género y edad.....	35
B. Movilidad intergeneracional por clase, edad y género	39
C. La desigualdad en la movilidad social migrante-nativo	41
Bibliografía	49
Series políticas sociales: números publicados	53

Índice de cuadros

Cuadro 1	Movilidad intergeneracional. Desigualdad en logros ocupacionales en México urbano.....	37
Cuadro 2	Movilidad intrageneracional según sexo y dos grupos de edad mayores de 35 años.....	39
Cuadro 3	Movilidad intrageneracional según sexo y dos grupos de edad jóvenes de hasta 35 años.....	40
Cuadro 4	Migración: Movilidad intergeneracional al empleo actual.....	43
Cuadro 5	Movilidad intergeneracional. Momios de logro de la clase I según origen migratorio y clase. Total.....	43
Cuadro 6	Movilidad intergeneracional. Momios de logro de la clase I según origen migratorio y clase. Jóvenes.....	44
Cuadro 7	Movilidad intergeneracional. Cambio en los momios de logro de los migrantes y nativos al primer empleo.....	45
Cuadro 8	Movilidad intrageneracional según origen migratorio mayores de 35 años.....	45
Cuadro 9	Movilidad intrageneracional. Momios de logro de la clase I según origen migratorio. Jóvenes.....	46

Resumen

Los análisis de movilidad social en México vivieron un auge notable en los años sesenta y setenta. Sin embargo, las crisis económicas del país y de las ciencias sociales orillaron a los investigadores a estudiar otros temas en los años ochenta y principios de los noventa. A partir de entonces han renacido estos estudios, con dos preocupaciones principales: 1) establecer de qué manera se han modificado los patrones de movilidad social que se detectaron en nuestras ciudades antes de la crisis económica, y 2) superar en lo técnico y lo conceptual los análisis previos, por medio de un conjunto de análisis que han incluido el género, la movilidad intersectorial, los determinantes de la movilidad social y educativa, la obtención de patrones de movilidad social a partir de bases de datos de trayectorias individuales, etc.

El análisis que aquí se presenta describe, en primer lugar, los reajustes laborales y territoriales que ocurrieron en México a partir de la crisis, y en segundo lugar analiza, con base en una gran encuesta de seis ciudades mexicanas, los cambios ocurridos en los patrones de movilidad social de dos cohortes (pre-crisis y post-crisis) de hombres y mujeres. Concluye que la movilidad intergeneracional al primer empleo manifiesta una menor desigualdad por clase entre los varones jóvenes que los mayores, mientras que la misma ha crecido entre las mujeres; que la desigualdad en la movilidad intergeneracional por género al primer empleo ha disminuido notablemente en las clases superiores, y que la tendencia de los migrantes de superar los logros de los nativos se ha mantenido con pequeños cambios.

Introducción

El presente texto, de carácter preliminar, tiene como objeto describir los principales procesos de cambio en la incorporación de la fuerza de trabajo a la economía mexicana y las consecuencias manifiestas de estos cambios en los patrones de movilidad geográfica y social de la misma. Los cambios en las formas de incorporación del trabajo al empleo, con sus cambios concomitantes en formas de organización social de la reproducción, comprenden la primera parte del texto. Estos cambios se revisan tanto para las ciudades como para algunas de las zonas rurales más intensamente estudiadas en México. La segunda, que se refiere tanto a la migración interna como internacional (dirigida casi exclusivamente a los Estados Unidos) es también de carácter amplio y general, aunque como podrá constatar el lector cada uno de estos flujos tiene grandes complejidades internas y evolucionan de manera crecientemente articulada entre sí. La tercera parte, finalmente, tiene como objeto el análisis de la movilidad social urbana en México. Sin embargo, tanto por razones presupuestales (el altísimo costo de las encuestas de movilidad social) como analíticas (la selección de ciudades de interés que contaran con estudios recientes de alta calidad referentes a la evolución del trabajo y el empleo), esa última sección se refiere a 6 ciudades, y no a la totalidad de la población trabajadora urbana. Se trata del mayor estudio sobre movilidad social hecho hasta esa fecha (1994) en México,¹ y se distingue de los previos por incorporar a las mujeres, por contar con muestras representativas de cada ciudad y porque permite ubicar los

¹ Pronto se contará con los resultados de la primera Encuesta Nacional sobre Trayectorias Laborales, que tendrá por una parte una muestra representativa del país y por otra varias sobremuestras representativas de algunas localidades de interés.

patrones identificados de movilidad social en términos de los cambios en el trabajo y el empleo, gracias a los estudios locales mencionados.

El foco de esta última sección, que es completamente original (y relativamente preliminar) en este texto, es la desigualdad social. La movilidad social puede estudiarse de muchas maneras. Para el análisis de la tercera sección he decidido referirme básicamente a la capacidad de las personas de distintos orígenes y características de llegar a ocupaciones aquí llamadas de clase I. Esto significa que otras formas de movilidad no se enfocan con el mismo cuidado, pero al mismo tiempo implica que la medición de este logro se expone con mayor precisión.

He optado por no hacer una discusión detallada de los avances en los estudios de movilidad social en Latinoamérica durante la última década, aunque los lectores identificarán el tipo de análisis (Goldthorpe *et al*, 1987) sin dificultad. En México, las décadas de los años sesenta y setenta fueron fértiles en análisis de estratificación y movilidad sociales. Estos análisis se abandonaron, primero, porque la sociología materialista de los años setenta les restó importancia con el argumento de que no se referían a lo fundamental: las relaciones sociales de clase. En los años ochenta, permanecieron en el olvido porque nuestros esfuerzos se centraron en conocer los impactos de las crisis y los ajustes sobre el empleo, la pobreza, la desigualdad del *ingreso* y las organizaciones económicas y sociales, además de que disminuyeron los fondos destinados a la investigación social, y los grandes estudios de movilidad social son caros.

Los estudios de los años setenta hacen varias aportaciones: 1) establecen la desigualdad en logros de los individuos según clase de origen, 2) establecen la influencia del origen migratorio y la “exposición” al medio urbano en los logros, 3) permiten distinguir la movilidad social estructural de la movilidad circular.

Respecto de los marcos analíticos de la actualidad, esas investigaciones tienen tres limitaciones: 1) normalmente se refieren a una sola ciudad, la ciudad de México, y son poco comparables con los de otras ciudades del país; 2) se restringen a hombres; y 3) carecen de una reflexión sobre la heterogeneidad estructural de las ocupaciones, los estratos y las clases sociales, y de la incorporación de la misma al análisis de la movilidad.

El primer reto para los nuevos análisis reside en ofrecer un grado mínimo de continuidad con los trabajos del período anterior con el fin de establecer cambios históricos en términos comparables con los análisis de los años setenta, de tal manera que se pueda afirmar cómo y cuánto han variado la movilidad estructural, la movilidad circular y la desigualdad de logros, y de esta manera se pueda contar con un diagnóstico histórico de mediano plazo sobre la naturaleza de los sistemas de estratificación y movilidad en nuestros países. Esto incluye un análisis de desigualdad según estrato/clase de origen y de origen migratorio. Aunque la migración rural – urbana es hoy menos significativa, de todas maneras es un factor de desigualdad.

El segundo reto consiste en agregar los grandes nuevos temas de la agenda en el análisis. La discusión sobre la informalidad, que se inició en los años setenta y que tuvo su auge en los años ochenta debido a la crisis, debe repercutir en los análisis, en términos de movilidad formal / informal y viceversa, así como en el análisis de desigualdad de logros según origen intra e intergeneracional informal o formal (lo que seguramente deberá incluir una consideración de la heterogeneidad del trabajo informal). El tema sociológico fundamental con relación a la informalidad es determinar si ésta es una “trampa” en la que permanecen amplios sectores de trabajadores (a la Portes, 1985) o si, por el contrario y como afirmaron Portes y Walton en 1981, es una parte, una fase o un aspecto de los trabajos que realiza la mayor parte de los trabajadores en diversos momentos de sus vidas.

Las mujeres deben incluirse. Es ya inaceptable la premisa de que la clase o el estrato social se basan de manera predominante en el empleo del jefe de hogar varón, por la duplicación de las

tasas de participación femenina, por la reestructuración económica, que puede afectar más a los hombres que a las mujeres, y por el crecimiento de los hogares encabezados por mujeres.

Por último, el surgimiento de la exclusión laboral y social de grandes grupos debe ser tomado en cuenta. Esto incluye 1) el desempleo crónico juvenil, 2) la permanencia precaria en la fuerza laboral de los viejos, por el debilitamiento de los sistemas de jubilación y pensión y 3) la intensificación de la credencialización en los mercados formales de empleo, que deja fuera del empleo formal (y a veces de cualquier empleo) a contingentes crecientes de la población.

Superar los retos recién mencionados implica aceptar ciertas paradojas. Si se elaboran estratificaciones iguales para hombres y mujeres, normalmente encontraremos mayores probabilidades agregadas de ascenso social de mujeres que de hombres (de los estratos manuales a los estratos no manuales bajos y medios). Si se elaboran jerarquías diferentes para hombres y mujeres (a la Portocarrero), normalmente encontraremos que persisten las desigualdades de género, pero se perderá la posibilidad de comparación "sustantiva" (entre empleos iguales). Lo mismo vale para las otras dimensiones de la desigualdad (origen migratorio, formalidad - informalidad, características de exclusión / inclusión social en el hogar de origen o al inicio de la carrera laboral). Un hallazgo poco explorado en este mismo texto consiste en la relación de intercambio existente entre las categorías de empleo formales en las que las reglas de contratación, promoción y despido están claramente establecidas. Éstas se apartan de categorías marcadas por relaciones más personales y familiares (los patrones de menos de cinco trabajadores, los autónomos, los trabajadores informales dependientes no calificados).

De la solución creativa de estas paradojas depende la posibilidad de que los nuevos análisis, además de ofrecer un diagnóstico exitoso del cambio en la desigualdad social y en la fluidez estructural en los últimos treinta años, dejen su sello en la agenda académica y en las políticas del Estado en los años venideros.

Una posibilidad, desde luego, es aceptar que los análisis deben refinarse con herramientas que han avanzado sustancialmente en los últimos treinta años, tales como las regresiones logísticas y otros instrumentos, que permiten establecer el papel de cada una de las características de origen y proceso en las distribuciones finales. La tradición clásica europea rechaza, aún hoy, llevar a cabo estos análisis.

Sin lugar a dudas, una vez que nuestros países han realizado la mayor parte de las reformas estructurales impuestas por sus condiciones internas y externas, los interesados en nuestras sociedades queremos saber qué tipo de sociedad se está generando. A pesar de la recuperación de algunas subregiones y países, y de que la pobreza ha dejado de crecer en amplias zonas, hay evidencias de creciente desigualdad en casi todas nuestras sociedades. Tenemos que saber qué heterogeneidades, desigualdades y barreras se han roto y cuáles otras se han impuesto o se están imponiendo.

Sin embargo, no creo necesario dedicar por el momento más atención a esta discusión porque me parece que lo primordial es someter a prueba algunos hallazgos preliminares que indican que, efectivamente, algunos patrones de desigualdad se han roto mientras que otros han permanecido.

I. Crisis, reestructuración y sistemas laborales

¿Qué implica la reestructuración? ¿Qué significa para la población, la movilidad social y la migración? Un enfoque general y esquemático estaría tentado a predecir: 1) una especialización de las economías nacionales, a medida que estructuras económicas muy diversificadas -que satisfagan el grueso de las necesidades de los consumidores domésticos- se inclinen por dar prioridad a aquellas actividades y sectores en los que la economía goza de ventajas internacionales comparativas, mientras que otras empresas e industrias se cierran; 2) un aumento del empleo informal, producido por la intensificación y la flexibilización del trabajo formal- que reduce las necesidades laborales por unidad de producción-, el número creciente de trabajadores expulsados del trabajo y el fracaso, la modernización y el adelgazamiento de las empresas y de las entidades gubernamentales, aunados a la falta de programas de bienestar universales o adecuados, que conduce a los trabajadores desempleados a la informalidad; 3) una caída en la concentración económica y (en el caso mexicano) la primacía urbana, dado que los centros nacionales que habían sido muy privilegiados pierden producción y mercados a medida que la orientación externa de la economía cobra impulso; 4) una elevación en la importancia económica y demográfica de la frontera, las ciudades portuarias y los nodos urbanos de transporte, y de los asentamientos articulados exitosamente al comercio y finanzas mundiales (ciudades globales secundarias); y, por último, 5) una subida generalizada en los montos de la movilidad social y geográfica de la mano de obra, a medida que las oportunidades de empleo y la organización territorial de las economías nacionales e internacionales responden a la reestructuración.

La reestructuración latinoamericana posiblemente no se ajuste a estas expectativas, al menos no de manera homogénea. Portes *et al.*, (1994) han descubierto que las estructuras de empleo latinoamericanas, las jerarquías urbanas y el patrón de segregación intraurbana no se comportan de modo similar en diferentes países. El empleo informal no se ha elevado de manera uniforme en toda la región y, en cambio, el desempleo abierto está creciendo, en algunos países, a un ritmo aún más rápido. Desde su punto de vista, la elevación del desempleo en contraposición al empleo informal tiene que ver con la articulación de trabajo formal e informal. Dado que consideran el crecimiento del trabajo informal como subordinado a las necesidades crecientes de la economía formal, predicen asimismo la caída de la producción y el empleo informal con una disminución económica y una oleada de importaciones. Segundo, la primacía no cae de manera equitativa, puesto que a veces los centros nacionales son los sitios preferidos para las empresas multinacionales que buscan condiciones de mercado de trabajo e infraestructura urbana adecuadas para sus nuevas sucursales en América Latina, factores que a menudo resultan menos adecuados en las áreas portuarias y fronterizas. Por último, la segregación urbana no aumenta necesariamente, dado que la pérdida de trabajos y reducciones de ingreso empujan a una parte de los trabajadores de cuello blanco y a algunos obreros "formales" en dirección a los asentamientos irregulares, donde la vivienda barata y las oportunidades de autoconstrucción existen y al mismo tiempo los pobres tratan de acercarse lo más posible a sus fuentes de empleo en las áreas prósperas de la ciudad. Los autores sostienen que estas diversas respuestas a la reestructuración son debidas principalmente a las variaciones en la naturaleza y el alcance de la acción estatal en el curso de la reestructuración.

Los patrones de migración se verían afectados de manera muy diferente dependiendo de las vías adoptadas para realizar el ajuste y la reestructuración. El crecimiento de la frontera mexicana más bien que de la Región Centro es probable que frene la migración en principio, puesto que los migrantes que llegan a esta región encontrarían en ésta los trabajos que buscan. Los tipos de trabajos disponibles y la calidad de la vida urbana, sin embargo, se vuelven factores críticos para determinar el efecto neto de esta reestructuración geográfica. El empleo informal dependiente no va normalmente asociado con una baja en la emigración. Los trabajadores en esos puestos laborales pueden ir y venir con facilidad, precisamente gracias a la facilidad de entrada: la naturaleza abierta en el reclutamiento del trabajo informal. El autoempleo informal y el estatus informal del empleador, no obstante, intercalan con la migración de otros modos: estos puestos ocupacionales tienden a exigir la presencia continua de estos individuos. Pero, en un contexto de escasez de capital y relativamente recesivo, estas personas pueden considerar y ver la migración, de hecho lo hacen, como una oportunidad para ahorrar e invertir en sus negocios (Escobar y Martínez, 1991). Las elevadas tasas de desaparición de estas actividades y empresas significan que pueden en cualquier momento perder su relación con la economía local. El desempleo como alternativa a la informalidad favorece la emigración, pero la cuestión crucial aquí radica en si los desempleados están en condiciones de emprender una migración exitosa. En México, esto significa una cantidad importante de ahorros y conexiones de redes transnacionales que les permitan llegar a sus puntos de destino y conseguir trabajo. Por último, la reestructuración urbana tiene numerosas facetas, pero el abandono de la población pobre urbana por parte del Estado puede favorecer la emigración, a medida que se dejan de subsidiar los servicios urbanos, se desalientan las invasiones de tierras, aumenta a su precio real el transporte urbano, los salarios bajos vuelven la autoconstrucción menos viable y se dejan atrás las políticas "populistas" en general y, en su lugar, se introduce una actitud más dura y menos dadivosa.

Desde luego, la reestructuración varía entre una nación y otra. Además, las transformaciones a las que se refiere el término pueden también variar. Por esta razón, conviene echar un vistazo a la naturaleza específica de los cambios que se están llevando a cabo en México desde 1982, cuando la crisis de la deuda obligó al gobierno a cambiar de curso. Esto ayuda asimismo a enmarcar los cambios generales que uno puede esperar en los flujos de migración y movilidad social.

A. Crisis, reestructuración e incertidumbre: México después de 1981

De 1982 a 1988, el PIB de México cayó un 14.4% per cápita (Cordera y González, 1991). En 1988 se reanudó un crecimiento modesto, muy por debajo de los niveles históricos. Por entonces, sin embargo, las relaciones Estado-sociedad habían cambiado drásticamente, y cambiarían aún más.

De 1982 a 1990, los salarios mínimos oficiales -que se habían convertido en un hito del salario base- perdieron más de la mitad de su poder adquisitivo y la participación del ingreso asalariado en el PIB cayó de 36.7% en 1981-2 a 26.8% en 1987-88 (Cordera y González, 1991). Esto tuvo consecuencias sobre la pobreza y la desigualdad.

Durante la primera fase de la reestructuración (que denominamos "ajuste"), la inflación se mantuvo alta y el pago de la deuda externa fue la prioridad de la política económica, lo que implicó aumento de los impuestos, disminución del gasto del gobierno y el fomento de las exportaciones vía la reducción del precio de la mano de obra, una moneda subvaluada y un mercado interno deprimido. Pero los salarios cayeron también como consecuencia de la necesidad del gobierno de reducir su propio presupuesto, lo que significó que los burócratas vieran reducirse a la mitad sus salarios en seis años, y como el estancamiento en el empleo moderno y salarios más bajos redundaron en un aumento del suministro de mano de obra, esto se vino a sumar a salarios ya a la baja. En todo el período, las tasas de interés quedaron fuera del alcance de la mayoría de los individuos y las empresas.

La reestructuración económica estaba, a pesar de todo, en camino; la manufactura de productos de exportación se elevó de aproximadamente 3.4 mil millones de dólares en 1982 a 10.6 mil millones en 1987 (Gitli, 1990; Cuadro 3). Las exportaciones manufactureras eran producidas por las grandes multinacionales y un puñado de firmas mexicanas. La mayoría de estas exportaciones eran producidas en plantas maquiladoras. El marco fiscal y legal de éstas se creó en 1965, a raíz de la cancelación del acuerdo bracero entre México y los Estados Unidos. Inicialmente, se hallaban restringidas a una franja de 42 kilómetros a lo largo de la frontera. En 1979, se autorizaron en todas partes y, paulatinamente, se fueron extendiendo hacia el sur, aunque siguen concentrándose en la frontera septentrional, donde la comunicación y el transporte con Estados Unidos son más fáciles. Como se dijo antes, crecieron de manera modesta durante la industrialización mediante la sustitución de importaciones. Con la reestructuración, sin embargo, la producción, el empleo y el número de empresas instaladas tuvieron un gran auge, y para 1988 daban empleo a 500 000 trabajadores. El perfil del trabajador cambió. Las nuevas plantas ofrecían trabajos y tareas más diversificadas. Empleaban a un mayor número de varones, elevándose paulatinamente su número a un 33% de la fuerza de trabajo en 1990 (Wilson, 1991; Carrillo, 1989), y las mujeres de más edad, que anteriormente dejaban ese tipo de empleo o eran animadas a hacerlo tan pronto como se casaban o tenían hijos, solían permanecer en el empleo fabril durante períodos más prolongados. La edad promedio se fue elevando. Este cambio en la fuerza de trabajo se relaciona con cambios en los procesos laborales y en las políticas de contratación, pero también con otros factores: los salarios en el sector manufacturero doméstico estaban disminuyendo rápidamente, y las empresas estaban cerrando. Los hombres, que antes habrían despreciado el empleo en una maquiladora, estaban prestos por primera vez a trabajar ahí. Las mujeres de más edad, que después de contraer matrimonio dejaron de tener trabajo asalariado o bien realizaban labores temporales, decidieron quedarse, ante la caída del ingreso doméstico; los flujos migratorios desde el resto de México posiblemente hayan cambiado también. Por último, algunas empresas que antes habían operado dentro del marco legal para la manufactura doméstica consideraron que reducirían sus costos de importación y exportación si se registraban como maquiladoras. Esto no fue simplemente resultado de la reestructuración y un peso subvaluado, sino también de la

eliminación de las restricciones a las maquiladoras, que por primera vez pudieron vender parte de su producción en el mercado doméstico. La fuerza de trabajo en estas empresas domésticas convertidas en maquiladoras, más afín al perfil tradicional del obrero varón de la manufactura mexicana en las industrias del metal, ingeniería, muebles y otras, se sumó a las estadísticas de la fuerza de trabajo de las maquiladoras. En todo este período, la rotación de mano de obra permaneció muy alta en estas plantas. Aunque los investigadores han establecido propensiones diferenciales a dejar los trabajos con base en encuestas y datos de rotación (Carrillo y Santibáñez, 1993), este fenómeno es todavía generalizado y no ha disminuido de manera significativa a pesar del cambio de carácter de la mano de obra. Conviene decir que los salarios y los bonos (la mayoría de los incentivos en estas plantas son otorgados en forma de bonos por asistencia, puntualidad, etc.) son muy homogéneos gracias a acuerdos entre empresarios, que han impedido mejoras salariales importantes (Carrillo, 1991). Al mismo tiempo, sin embargo, los salarios en estas plantas se han deteriorado mucho menos que en las del resto de la economía. Además, los mercados de trabajo internos son débiles, las oportunidades de carreras internas son por tanto escasas, y los incentivos en favor de la lealtad a la empresa muy bajos (Carrillo y Hualde, 1992). Las tasas elevadas de rotación, la movilidad en favor y desde el sector de servicios, y arreglos domésticos de empleo diversos y múltiples significan que el crecimiento de las maquiladoras no han transformado a estos trabajadores en una clase comprometida con sus empresas o puestos de trabajo.

El crecimiento de las exportaciones de manufacturas fue tan espectacular para 1988 que muchos sostenían que había sobrevenido una "segunda ola" de manufacturas de exportación, que llevaría a mediano plazo a una sola estructura manufacturera legal y económica. Los lazos muy escasos desarrollados entre estas plantas y otras industrias domésticas se ampliarían, llevando a una red de insumo-producto más densa de transacciones entre empresas, y a efectos más generalizados de manufactura maquiladora; aumentaría la complejidad de las tareas, las habilidades laborales y los salarios. Las maquiladoras se tornarían de hecho en el polo dinámico de la economía mexicana. De hecho, distan de haber cumplido estas expectativas.

Las exportaciones petroleras declinaron sólo ligeramente, pero una caída en los precios mundiales del petróleo y la expansión de otras exportaciones significó que su contribución al total cayó aproximadamente de un 70% en 1981 a menos de 30% en 1988. Es importante notar, sin embargo, que la producción manufacturera total no aumentó durante este período, lo que significa que la manufactura para el mercado interno se volvió cada vez menos importante. Las ganancias en la producción manufacturera para exportación se vieron compensadas por la caída en la manufactura para el mercado doméstico (Gitli, 1990).

Los diferentes patrones de urbanización, industrialización y reproducción de la mano de obra acarrearón distintas tendencias en el empleo y en las respuestas sociales a la adversidad cuando la crisis de 1982 afectó a cada ciudad. La última década presencia una caída en la concentración económica en la ciudad de México. La reducción de la producción manufacturera de la ciudad de México (en el Distrito Federal y el Estado de México) en comparación con el PIB nacional había iniciado antes de la crisis, y apenas hay cambios a este respecto. No obstante, la tendencia en el sector privado de servicios cambia: existe una reducción de 20% en la producción absoluta de servicios de la ciudad de México de 1980 a 1988 (Garza, 1992: 7), y una reducción del 4.7% en su empleo. El número de empresas más que se duplica en este período, pero la producción de cada uno cae abruptamente en más o menos 33% (ib.). Por esas fechas, el gobierno abandonó su intento de desconcentración de las agencias federales, pero surtió efecto en esta baja, tanto porque redundó en un virtual congelamiento del empleo gubernamental como porque los salarios del sector público disminuyeron en términos reales 50% de 1980 a 1988 (Escobar, 1993). Cuando se examina sólo el Distrito Federal, hay una caída clara en la concentración económica. En la ciudad de México, las respuestas de la unidad doméstica y del empleo eran comparables a las descritas aquí a propósito de

Guadalajara. El desempleo llegó a su máximo a principios de 1987 (5%) y a principios de 1992 y 1994, con 4.2 y 4.3% respectivamente (ib.).

La primacía sigue muy de cerca a lo anterior. En 1940, la razón de los habitantes de la ciudad de México con la suma de los habitantes en las dos ciudades más grandes que le seguían era de 4.7. En 1980, esta cifra había bajado ligeramente a 3.77. Para 1990, sin embargo, sobrevino una caída sustancial en esta razón, a 2.76, a pesar de la incorporación de un gran número de municipios adyacentes a la ciudad de México (INEGI 1990:24; INEGI 1992).

Monterrey sintió la quiebra aun más drásticamente. Lo que sucedió al Grupo Alfa, el consorcio más poderoso del Grupo, en 1981, presagió la crisis, a medida que incurrió en deudas a finales de los años setenta para financiar su expansión, que involucró la compra de un gran número de empresas. La demanda de maquinaria, bienes de consumo duradero y otros bienes metálicos se redujo incluso más que la demanda general a partir de 1981, y esto, aunado a las tasas de interés cada vez más altas, acarrió una depresión catastrófica. En 1981-2, Alfa se vio obligada a despedir a 10 000 trabajadores; Visa 14 000 y Vitro 9 000. Sólo los grupos más pequeños como Cydsa y Cemex mantuvieron los niveles de empleo (Pozas, 1993:17). BANOBRAS, un banco oficial, proporcionó capital para evitar una adquisición completa por parte de los acreedores extranjeros. Entre 1981 y 1983, el desempleo abierto se triplicó en Monterrey, al pasar de 2.6 al 8.3%. A partir de 1984, sin embargo, los varios grupos comenzaron una reestructuración extremadamente drástica y agresiva, la más notoria de México, vendiendo empresas poco atractivas, introduciendo nuevas tecnologías, uniéndose al capital extranjero, adelgazando el proceso de trabajo y la mano de obra, fomentando las exportaciones, redefiniendo algunas empresas como plantas maquiladoras (que cambiaron su categoría fiscal), aprovechando al máximo los programas del gobierno federal para el pago de la deuda, refinanciando y protegiéndose de la fluctuación de la moneda mediante FICORCA y, una vez que estuvieron financieramente fuertes, volviendo a comprar las acciones apropiadas por el sector público durante 1981 y 1982 y adquiriendo empresas y bancos públicos por medio de cambios de acciones y otros mecanismos de bajo costo (ib.). El establecimiento de los Pactos a fines de 1987 llevó a un descenso rápido de la inflación y las tasas de interés a un crecimiento moderado pero sostenido por cuatro años. En estas circunstancias, la demanda de bienes de capital y otros bienes metálicos duraderos (como los automóviles) subió desmesuradamente a medida que las empresas y los individuos buscaron reemplazar el equipo de largo plazo. Pero la expansión no significó un retorno a los niveles previos de empleo. A pesar de una producción mucho más elevada, Alfa había reducido su fuerza de trabajo todavía más en 1991, a 21 000 trabajadores menos que en 1980 (ib.). Aunque el empleo manufacturero creció a un 7% anual de 1988 a 1991, despidos considerables se volvieron a convertir en la regla de nuevo en 1992 y 1993. Estos despidos, en opinión del director del servicio estatal de empleo, estaban diseñados para adelgazar las empresas con el fin de poder competir con Estados Unidos y Canadá una vez firmado el TLC. Esta vez, además, los despidos incluyeron los niveles medios y directivos, lo que llevó a una redefinición de los puestos de trabajo, de la paga y de las responsabilidades (Gutiérrez Garza, comunicación personal, y trabajo de campo del autor). Monterrey presenta sin lugar a dudas una crisis y (a la fecha) una estrategia exitosa para lograr un giro de 180 grados. Éste, no obstante, no se traduce en pleno empleo en la ciudad, ni a tasas de crecimiento de la población que exceda el promedio nacional.

Parece que, en 1993, el perfil del trabajador del Grupo Monterrey había cambiado significativamente del patrón estable y próspero, característico del período de la industrialización mediante sustitución de importaciones. Las entrevistas con dos generaciones de trabajadores nos permitieron calibrar el alcance de este cambio. La primera generación, que entra en las corporaciones en puestos manuales en los años cincuenta y principios de los sesenta, gozó de trabajos seguros, acceso a vivienda, niveles de ingreso que permitían la adquisición de un coche, un número significativo de actividades sociales y una unidad doméstica en la que la esposa no

realizaba trabajo asalariado y se le animaba a convertirse en el pivote del avance social y personal de su esposo e hijos. Los entrevistados habían experimentado asimismo una movilidad social ascendente importante de los puestos operativos a los directivos, si bien ésta no era la regla. Al contrario, la segunda generación, entrevistada en una empresa que se expandió rápidamente a partir de 1983, había necesitado mucha más pericia técnica probada para entrar a la empresa; recibía menor salario en términos reales, un número más reducido de entre ellos había podido adquirir una casa, viajaban dos horas de ida y otras tantas de vuelta entre sus hogares y la empresa y no podían soñar en comprar un coche. Los trabajadores manuales de este grupo tampoco creían probable un ascenso significativo en su trabajo y, a pesar de la prosperidad de que gozaba la empresa, no sentían que su puesto de trabajo estuviera garantizado. Sus esposas habían trabajado asimismo más que sus madres, si bien no permanecían en un empleo remunerado. En otras empresas de Monterrey, mujeres jóvenes entrevistadas por González de la Rocha en enero de 1994 presentaban los patrones de inestabilidad en el empleo, intermitencia y migración característicos de las ciudades fronterizas (Cerrutti y Roberts, 1994): estas mujeres solteras habían probado suerte en varios trabajos que incluían los sectores manufactureros y de servicios locales, pero también la migración a Estados Unidos. El desempleo en Monterrey culminó en 1983 como se dijo, durante el primer trimestre de 1987 en 6% y durante el tercer trimestre de 1993, con 5.4% (INEGI: BDI, agosto 1994).

Guadalajara ofrece un marcado contraste con Monterrey y se parece en cierto modo a la ciudad de México, aunque su menor dependencia del empleo y el gasto federal amortiguó el impacto del ajuste. Aquí, el acento en la producción de bienes de consumo en pequeña y mediana escala en el contexto de salarios a la baja, las dificultades financieras para los individuos y las empresas y los precios al alza llevaron a una involución productiva: la aplicación de un número creciente de fuerza de trabajo al capital y equipo existentes, para la producción de bienes de precios reales reducidos y, en general, menor calidad. Las mujeres, en particular, entraron al mercado a medida que los ingresos de los hombres cayeron, y su creciente suministro contribuyó a mantener sus salarios e ingresos bastante por debajo del promedio, no sólo como resultado de la discriminación, sino también porque aceptaron ocupaciones informales y de servicios personales (Escobar, 1988; González de la Rocha, 1988). En realidad, había poco desempleo: la manufactura del sector competitivo, los bajos salarios, la creciente informalidad y la estrecha articulación de las empresas grandes y pequeñas se tradujeron en una ampliación de la mano de obra. En Guadalajara, ciudad que se había caracterizado por bajos salarios, altos niveles de empleo informal y combinaciones múltiples y diversas de trabajos en las unidades domésticas, se intensificaron estos rasgos a raíz de 1982: los niveles salariales comparativamente bajos y la informalidad del empleo empeoraron, las familias con asalariados múltiples aumentaron en número de trabajadores y miembros para permitir la acumulación de más ingresos bajo un solo techo, y la diversidad de empleos se elevó. Se intensificó la vida social: la sobrevivencia requería una mayor cooperación en el trabajo, en el trabajo de casa, entre vecinos (González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990; Escobar y González de la Rocha, 1995). Aunque no se dispone de cifras sobre la ciudad, la migración a los Estados Unidos parece haber aumentado también. Más de una cuarta parte del panel de unidades domésticas de González de la Rocha recibían remesas sistemáticamente en uno u otro momento de miembros de la familia que trabajaban en Estados Unidos. Durante este período de "involución", la migración solía ser considerada por los trabajadores como muy ventajosa, a diferencia de las opiniones recogidas en muestras comparables en 1982 (datos del autor). El auge de California de los años ochenta atrajo a muchos de Guadalajara y del estado de Jalisco. Según cálculos del gobierno, 30% de los nacidos en Jalisco residían en Estados Unidos en 1992.

El carácter de la urbanización fronteriza y los sistemas laborales cambió menos durante el período de ajuste y reestructuración. Las fuerzas que habían generado su crecimiento durante los 30 años anteriores eran las mismas, sólo que mucho más fuertes durante los ochenta. El empleo de las maquiladoras se expandió de 120 000 en 1982 a 500 000 en 1990. Esto llevó a un mayor peso de

este tipo de trabajo en el empleo y la economía local. En Ciudad Juárez, el empleo en las maquiladoras se había duplicado en términos relativos para 1990 hasta un 30% de la PEA. También sucedió lo mismo en ciudades más pequeñas como Matamoros. En Tijuana, ésta era sólo de 9.7%, gracias a una base de empleo más grande y diversificada. La construcción de parques y plantas industriales sin duda ayudó a producir un auge económico. Pero cuando disminuyó la construcción (como antes y durante la Operación Desierto y la recesión de los Estados Unidos de 1991), las economías locales sufrieron un traspie. El gran aumento en el empleo se vio acompañado por un incremento en diferentes tipos de procesos productivos (hasta aquí el ensamble había representado el grueso del trabajo de maquila) y en el empleo masculino. (Brannon y Lucker, 1989), Wilson (1991), (Carrillo, 1991) y otros han dejado documentada la elevación en el empleo masculino. Esto tuvo que ver con la implementación de procesos más complejos y tecnológicamente avanzados, pero también con la disminución de trabajos disponibles en otros lugares de México. En Juárez, los hombres representaban un 45% de la fuerza de trabajo operativa total, 30% en Tijuana y 33% en Monterrey (Carrillo, 1991). Empero, en la frontera el crecimiento y la prosperidad se explican menos por más empleo que por el efecto multiplicador de la inversión en construcción y actividades anexas. La continua demanda de servicios turísticos y el incremento del comercio internacional son asimismo importantes. La moneda mexicana permaneció subvaluada hasta 1989, y esto volvió a estas ciudades lugares atractivos para los consumidores y turistas de fin de semana, fuesen de origen mexicano o no, o provenientes del otro lado de la frontera. La inversión fue penetrando de forma gradual en otras localidades más al sur, y esto alteró y favoreció, a veces de un modo radical, las economías locales en el Norte en general y en el Centro-Norte. El desempleo fronterizo muestra grandes diferencias, debido a la diversidad de la estructura económica y a la naturaleza de la relación con la demanda de servicios de los Estados Unidos. Matamoros presenta las tasas más altas de desempleo, por encima del 4% desde 1991 y un máximo de 6.6% durante el primer trimestre de 1994. Tijuana, por el contrario, excede una tasa de 2% únicamente una vez en 1990, y continúa por debajo de 1% durante años. Ciudad Juárez se coloca entre las dos, con un máximo de 2.9% durante el tercer trimestre de 1993 y tasas por debajo de 2% la mayor parte del tiempo (BDI, agosto de 1994). La diferencia se debe probablemente al dinamismo del sector servicios en cada ciudad: Ciudad Juárez y Tijuana albergan un gran sector terciario y, por su parte, Matamoros uno pequeño y pobre. Es en Matamoros donde la investigación detectó un número significativo de "trabajadores desanimados" (Cortés y Rubalcava, 1991).

Este primer período de reestructuración llegó a su fin como consecuencia de una segunda crisis financiera y económica importante, aunque las políticas adoptadas habían estado en la etapa de planeación desde hacía algún tiempo. En 1986, los precios mundiales del petróleo cayeron a niveles históricamente bajos. Mientras que, en 1981, habían alcanzado 32 dólares por barril, en 1986 llegaron a sus niveles previos a 1973 de 13 dólares por barril (Gitli, 1990). Aunque las exportaciones manufactureras mexicanas se habían multiplicado durante este período, la caída dejó a México de nuevo al borde de la moratoria sobre la deuda. Fue necesaria una segunda reestructuración de la deuda extranjera de corto plazo (la primera había tenido lugar en 1982). Ésta representó únicamente un alivio parcial a las obligaciones de pagos externos de México. El gobierno mexicano firmó los acuerdos del GATT en 1986. Las cortapisas anteriores a la inversión extranjera desaparecieron de la mayoría de las áreas económicas. En los dos años siguientes, México, de forma unilateral, abolió o redujo las barreras arancelarias y no arancelarias al grueso de las importaciones del país, y el gobierno declaró que intensificaría el fomento del turismo y, en general, la eficiencia, la modernización y la mayor productividad de las empresas. Como observan (Cortés y Rubalcava, 1991), esto equivalía a un cambio de las políticas de "ajuste y estabilización" en favor de otras que favorecieran el cambio estructural dentro de México y a los intercambios del país con el resto del mundo.

Segundo, en octubre de 1987 el derrumbe del mercado de valores de Nueva York empeoró el de por sí volátil mercado de capitales mexicano. El capital, una vez más, huyó del país, y el mercado de valores mexicano sufrió una caída aún más drástica que el de Nueva York. El peso, que había sufrido dos devaluaciones menores de 1982 a 1986, además de un deslizamiento continuo pero bastante controlado frente al dólar, de nuevo se desmoronó. Esto significó que el valor en dólares de las acciones cayó casi un 75% en unos cuantos días. El gobierno introdujo, ese año, nuevas políticas drásticas. El año acabó con una inflación sin precedentes.

El plan alternativo descansó en dos supuestos: primero, que el gobierno podía juntar a empresarios, trabajadores y campesinos y lograr que conviniesen los niveles de salarios y precios, que posteriormente el gobierno obligaría a respetar, reduciendo de este modo la inflación. Segundo, que el gobierno podía encontrar los recursos para revitalizar muchos de los programas públicos que habían sido suspendidos o reducidos desde 1982, y de este modo desencadenar crecimiento económico e inversión. La primera condición, la firma del Pacto de Solidaridad Económica, fue cumplida de manera expedita, cuando los sectores mencionados se reunieron y firmaron el pacto. Sus objetivos principales eran: 1) corregir el déficit del sector público; 2) frenar la demanda agregada mediante nuevas restricciones de crédito; 3) abrir la economía para lograr mayor competitividad y equilibrar los precios internacionales y domésticos; y 4) estabilizar los salarios y los precios (Banco de México 1988). La inflación se redujo en dos años de 159% en 1987 a 20% en 1989. En conjunto, sin embargo, los salarios fueron mucho mejor controlados que los precios (los salarios continuaron perdiendo terreno, aunque algunos se recuperaron) (Cortés y Rubalcava, 1991).

La segunda condición (recursos frescos) sólo se cumplió una vez que México hubo considerado seriamente la posibilidad de imponer una moratoria a su deuda externa o recurrir a los mercados secundarios de dinero para comprar su propia deuda y reducir los pagos. El Plan Brady, echado a andar en 1989, de hecho siguió la segunda opción y redujo la deuda externa total aproximadamente en un 17%, y la del gobierno en 30%.

El período 1988-94, que coincide con la presidencia de Carlos Salinas, se caracterizó por una reducción gradual pero importante de la inflación, hasta alcanzar el 7% en 1994, una moneda estable y un crecimiento de las exportaciones. Se caracterizó asimismo por la continuación de una tendencia a la baja en los niveles salariales de los obreros, aunque los salarios de los trabajadores no manuales sí se recuperaron. En general mejoraron los niveles de ingreso, si bien en forma modesta. Las importaciones continuaron al alza y golpearon muy severamente la manufactura nacional (Rendón y Salas, 1993). Mientras que, hasta 1989, las industrias de consumo se habían visto afectadas muy negativamente en su producción y niveles de empleo, a partir de 1989 otras industrias comenzaron a sufrir. No obstante, la economía experimentó un crecimiento continuo y, a pesar de la pérdida de empleo manufacturero, los mexicanos veían mejorar su nivel de vida.

El TLC fue un desarrollo clave en este período. La negociación y la aprobación del TLC en México dependieron de la formación de un grupo cerrado de negociadores que, en numerosos casos, ignoraron las demandas de los agricultores, trabajadores y empresas mexicanos. Los obreros estadounidenses temían la competencia de los trabajadores mexicanos que percibían bajos salarios. Los trabajadores e industriales mexicanos temían la competencia de la alta tecnología, la eficiente organización del trabajo de Estados Unidos y, simple y llanamente, el poder del capital. El grueso de las barreras, tarifas u otros impuestos a las importaciones, sin embargo, ya habían sido reducidos o eliminados al firmarse el TLC. Por tanto, nos inclinamos a pensar que el impacto del TLC será gradual, y probablemente menos dramático que la liberalización unilateral del comercio exterior de México, que indudablemente tuvo un impacto inmediato en la manufactura y la agricultura mexicanas a partir de 1988.

Hubo otros aspectos negativos en este período: bajo Salinas, el ingreso y la riqueza se concentraron aún más, con la formación en buena medida inexplicada de un pequeño pero poderoso grupo de multimillonarios en dólares, que adquirieron muchas de las empresas puestas a la venta durante el rápido y vasto programa de privatizaciones. El capital fluyó al país, pero el empleo informal continuó creciendo. El período terminó tal vez con la peor crisis hasta la fecha, en diciembre de 1994, poco después de que el gobierno de Zedillo tomó las riendas. Aunque la devaluación y la caída de la Bolsa de Valores no fueron tan brutales como las de 1982, las medidas draconianas adoptadas para mantener la situación financiera de México bajo control redujeron de manera drástica la producción manufacturera y de servicios y, por primera vez, produjo más desempleo que empleo informal. El PIB cayó 6.9%, según cifras oficiales, en 1995. Tal vez convenga señalar que esta crisis sobrevino justo en el momento en que los mexicanos creían que ya habían pagado con intereses y por adelantado un largo período de cierta prosperidad o, al menos, estabilidad. En las siguientes secciones se aclararán las tendencias que caracterizaron este período.

Guadalajara ejemplifica el impacto de la liberalización comercial. Las importaciones de zapato y ropa de bajo precio de Brasil, Italia, España, los países recién industrializados de Asia y de China inundaron muchos nichos del mercado. También sufrió el mercado de alimentos procesados. Talleres y fábricas no podían abastecer el mercado a los precios de los bienes importados, a pesar de haber reducido los salarios a la mitad. La ausencia de una reestructuración productiva profunda en los años previos se dejó sentir a las claras en ese momento. El desempleo, aunque bajo, aumentó de manera más consistente, y la participación de las mujeres en el empleo alcanzó niveles sin precedente en abril-junio de 1992. Las empresas y los grupos que prosperaron en este último período eran los involucrados en producción descentralizada para exportación, los desarrollos turísticos en todo México, la industria de la construcción (que recobró cierta vida a partir de 1988, con la estabilización de precios y tasas de intereses más bajas debido a los Pactos) y en alimentos procesados que llegaban a mercados internacionales amplios. Poco de este empleo se generó en el ámbito local, sin embargo, existían escasos vínculos locales que beneficiaran a la manufactura local en su conjunto.

El saldo de una década en Guadalajara, para 1993, era peor que en Monterrey. Las industrias del zapato y de la ropa se redujeron sustancialmente y sus nichos de mercado se vieron reducidos. La manufactura más avanzada comenzó siguiendo el patrón de reestructuración industrial hallado en Monterrey, con fuerzas de trabajo más pequeñas y una estructura de empleo más llana, en la que los ejecutivos, los gerentes y los trabajadores se encargaban de la mayoría de las labores, con menos ayuda de otros y una paga más baja. El empleo informal absorbió la fuerza de trabajo excedente, y el desempleo abierto permaneció bajo en Guadalajara hasta diciembre de 1994, con pequeños picos de 3.6% durante el primer trimestre de 1987 y de 3.7% en el primer trimestre de 1994 (BDI 1994). Estos niveles son históricamente altos, pero más bajos que los de Monterrey.

B. Reestructuración de los sistemas laborales urbanos

La crisis y la reestructuración afectan los patrones de producción y reproducción de fuerza de trabajo de distintas formas, y también producen una redistribución espacial del crecimiento económico. Bajan los salarios de los trabajadores, y las mujeres de esta clase social ingresan a la PEA en cantidades mucho mayores que nunca, con lo que rebasan todas las tasas históricas en México, Guadalajara, Monterrey y las ciudades fronterizas. La creciente contribución femenina a los hogares redonda en una caída menor en el ingreso doméstico total que la experimentada por los ingresos individuales (González de la Rocha, 1988). El estancamiento productivo, junto con la reestructuración del empleo, hacen que la mayor parte de esta fuerza de trabajo se dirija hacia los servicios personales e informales. Entre 1982 y 1990, no hay evidencias que respalden la idea de Portes *et al.* (1994) de una caída en el empleo informal que resultaría de la caída de la demanda de

bienes formales. Pero a partir de esta última fecha el panorama se complica, con el crecimiento del desempleo en algunas ciudades, a la par del crecimiento exportador. Hasta 1988, en Guadalajara el período de ajuste se caracteriza por una intensificación de los intercambios formal-informal, pero después de la entrada de bienes de consumo baratos importados, tal articulación es inútil o insuficiente para competir con los precios de las importaciones. En Monterrey hay un resurgimiento del empleo manufacturero junto con altos niveles de desempleo. Mientras las industrias de exportación crecen, las tradicionales se retraen, y esto intensifica la polarización del crecimiento entre el centro y la frontera norte.

Es prematuro evaluar la capacidad de los hogares trabajadores para, en estas circunstancias, superar los niveles educativos y las posibilidades de empleo de sus descendientes. Hay estudios en Matamoros, sin embargo, que indican que los varones jóvenes no perciben oportunidades de superación y ni siquiera de empleo, por lo que el síndrome del trabajador “desalentado” va de la mano del crecimiento del empleo maquilador (Cortés y Rubalcava, 1991). Aunque se pregona el avance del empleo masculino en las maquiladoras, éste no ha sido suficiente para emplear a la mayor parte de los varones jóvenes de estas ciudades, y por otra parte no ofrece perspectivas de mejoría, por lo que se muestra como un callejón sin salida. Por otra parte, la temprana edad a la cual las maquiladoras aceptan trabajadores no fomenta una carrera educativa más prolongada. Como se detallará más adelante, la Ciudad de México y otras expulsan ahora a grandes cantidades de trabajadores hacia el Centro-Norte y los Estados Unidos (Corona, 1993; Cornelius, 1989).

A pesar de esta diversidad, en cada ciudad el empleo informal ha absorbido números más altos que el desempleo. De 1987 a 1992, el autoempleo se elevó en la ciudad de México un 24.8%, a 17% del total empleado de la PEA; en Monterrey un 31% hasta llegar al 14.4% del total y en Guadalajara 42.5%, hasta alcanzar 16.5% del total. El alcance total del empleo informal es debatible, pero mucho más grande que estas cifras, puesto que debería incluir a trabajadores familiares no asalariados, la mayoría de los trabajadores en las pequeñas unidades domésticas y trabajadores que carecen de contratos o beneficios en empresas medianas y grandes. A lo largo de la frontera, el autoempleo también creció: a 13% en Matamoros, 15.4% en Tijuana y 16.5% en Juárez a fines de 1992. Esto significa que la informalidad es todavía más importante que el desempleo, y que su crecimiento es una respuesta más importante a la reestructuración que el desempleo. La naturaleza del empleo informal puede haber cambiado, pero ésa es otra historia.

En conclusión, mientras que hasta 1980 las estructuras de empleo de las unidades domésticas eran múltiples y diversas, en 1992-94 esa diversidad incluye un componente mucho más grande de trabajo no protegido e inestable, y, si bien en 1980 las unidades domésticas desarrollaron todas sus actividades remuneradoras en la misma ciudad, en 1992-94 las unidades domésticas urbanas cada vez más recurren a la migración para sobrevivir. Dependiendo de la localización real de la ciudad y de otras circunstancias, esto puede adoptar la forma de viajar diariamente largas distancias al trabajo, la migración laboral o períodos más largos de ausencia. Además, hasta cierto punto, esto implica la migración de la familia a otras parte, y en particular, más allá de la frontera.

Hacia 1994, la multiplicidad y heterogeneidad de los empleos de las unidades domésticas habían llegado a su límite. Aunque los ingresos por trabajo habían aumentado en términos generales, la flexibilidad para encontrar o crear más empleos ya no existía. Los empleos informales ya se habían saturado, de tal manera que sus ingresos reales se aproximaban a cero al descontar los gastos normales de los trabajadores en transporte y comida. Las estrategias domésticas, que a partir de 1982 redujeron el impacto de la crisis a través de la intensificación del trabajo, ya no podrían ser la base de la subsistencia de los hogares populares si no se revitalizaba la creación de empleo en México.

C. La reestructuración de los sistemas laborales rurales

Los sistemas laborales rurales ilustran por qué no es posible describir la crisis y la reestructuración como un paso de un sistema estable a otro. Al contrario: 1) el mercado de trabajo perimetropolitano y otros mercados rurales ya se habían urbanizado notablemente durante el período de industrialización mediante la sustitución de importaciones; 2) estos sistemas laborales no retenían la población en un lugar, sino que tendían a evolucionar en circuitos migratorios; 3) los flujos de población en gran escala a la ciudad persistieron, pero la reestructuración afectó a estos sistemas laborales y a la movilidad de sus componentes, al estancarse los empleos urbanos; 4) por último, la acción estatal bajo la guisa de reformas económicas e institucionales, y la reforma al artículo 27 de la Constitución, que permite la apropiación individual de tierra ejidal, han conducido a una situación crítica a la agricultura de subsistencia y a la comercial y son factores que contribuyen a generar más migración y desestabilización demográfica.

La urbanización del ejido y otros mercados de trabajo rurales son fruto del desarrollo de mercados laborales regionales en todo México, en sí resultado de otros tres procesos: 1) la incorporación de áreas rurales perimetropolitanas en las economías metropolitanas, mediante la urbanización de tierras, aumento de comunicaciones, mercados de trabajo ampliados e incorporación física; 2) cambio endógeno en las áreas rurales y microurbanas -la urbanización de las áreas rurales- que, si bien se hallan relacionadas con las economías metropolitanas, consisten básicamente en cambios en las mismas áreas rurales: cambios en las actividades económicas, en los patrones de empleo, en el desarrollo de manufacturas, y en el suministro de servicios "urbanos", y 3) aumento de la movilidad de la población.

Estos sistemas de trabajo regionales evolucionaron de forma gradual. Después de 1940, el rápido crecimiento de cultivos comerciales en gran escala y la expansión de oportunidades de empleo temporal o de entrada fácil en las áreas urbanas prepararon el crecimiento de sistemas en los que los habitantes rurales pasaban días o semanas en áreas urbanas regresando a los cultivos comerciales o de subsistencia. Implicaban el desarrollo de la familia "dual" en las áreas rurales, que alternativa o simultáneamente enviaba a los miembros capaces a ocupaciones urbanas y rurales (Mummert, 1991; Bueno, 1993).

La existencia de estos sistemas de movilidad laboral puede explicarse, primero, por el desarrollo de actividades no agrícolas mexicanas, que exigían o permitían la incorporación multiplicada de mano de obra a estas actividades, y, segundo, por la insuficiencia general de las actividades agrícolas de pequeña escala y baja productividad como base de la subsistencia familiar. Los últimos estudios familiares que tratan de la producción en el sistema ejidal mexicano (Gordillo, 1994), con datos de 1990, descubrieron que sólo 15% de los ejidatarios en México podían extraer la subsistencia familiar y un excedente en efectivo de su parcela. El resto de las unidades de producción parcelaria estaban por debajo o apenas en el nivel de subsistencia, según los niveles (intencionalmente bajos) de las necesidades establecidas en el estudio.

Estos sistemas de trabajo no se encuentran aún en una situación estable. La apertura de la economía mexicana, los cambios en los precios de los cultivos y en las oportunidades de empleo urbanas parecen estar surtiendo un efecto vigoroso. En algunos casos, la tendencia a partir de 1989-90 ha sido volver a ruralizar estos sistemas de trabajo dado que el empleo urbano ha perdido dinamismo; en otros, los factores rurales pesan más: el abandono de los precios de garantía para algunos cultivos básicos, la caída de los precios internacionales de otros (café, arroz) y la disminución de las exportaciones agrícolas mexicanas debido a la relativa sobrevaluación del peso antes de 1995, han transformado la agricultura de subsistencia, que proporcionó una base segura desde la cual asignar a los miembros de la familia a las ocupaciones urbanas, y a la explotación agrícola familiar así como a la agricultura comercial en gran escala. Esto significa que, para

algunas familias, la agricultura se ha vuelto un peso que absorbe los ingresos ganados en actividades urbanas. Para otros, el empleo agrícola asalariado es escaso y han tendido a intensificar la búsqueda de ingresos urbanos y a migrar más, temporal o permanentemente, a título individual o en grupos de unidades domésticas, a las ciudades de México o a trabajos en los Estados Unidos.

El crecimiento de la población dispuesta a realizar empleo asalariado temporal, casual y de fácil acceso en los últimos doce años en las ciudades, y en los últimos cuatro años en el país, ya se ha sumado a la tendencia al autoempleo y al empleo familiar no remunerado que, junto con el aumento en el trabajo remunerado de las mujeres, constituyen los cambios más sobresalientes en la estructura de los mercados de trabajo urbanos durante la pasada década.

1. La urbanización de la migración de mano de obra interna

Centraremos nuestra atención primero en la migración rural-urbana permanente, el tipo de movimiento migratorio en que un individuo o familia se mueve del campo a la ciudad y establece su residencia en ésta. En los últimos 30 años, el cambio fundamental en la composición ocupacional de la migración hacia las áreas metropolitanas ha sido la urbanización de los orígenes ocupacionales de los migrantes. Guadalajara puede, una vez más, servirnos para ilustrar este punto. La ocupación más frecuente de los migrantes al llegar a Guadalajara entre 1962 y 1971 era de hecho la agricultura, con 37.3% del total de quienes registraban una ocupación previa entre hombres y mujeres, con los servicios en un distante segundo lugar (16.5%, la mayoría mujeres que habían trabajado en los servicios personales) (Arroyo, 1980). De los que llegaron entre 1975 y 1982, sin embargo, sólo 20.2% habían estado activos en la agricultura antes de migrar. La mano de obra asalariada dependiente se volvió la ocupación dominante en este grupo, con 43%. De los que llegaron durante la crisis, sólo 9.9% había abandonado ocupaciones agrícolas antes de migrar, y en este último grupo está el de las ocupaciones no manuales (una señal clave de urbanización) que domina, con un 35.7%. Entre ellos, otro cambio importante es el incremento del anteriormente autoempleado que optó por migrar a Guadalajara: mientras que representaban sólo 6.1% del total entre los que llegaron en 1975-82, subieron a 19.2% (o tres veces más) del grupo que llegó durante la crisis (Escobar, 1995).

Esta urbanización de los flujos de población denota dos fenómenos principales: 1) la urbanización de las áreas rurales, rancherías y pueblos, donde el trabajo asalariado en la industria y los servicios ha aumentado rápidamente como porcentaje del total, y 2) la transformación de grandes ciudades (sobre todo la ciudad de México) de la pura y simple atracción a una pérdida debido a grandes flujos de emigración. Estos flujos "urbanizan" los orígenes de los inmigrantes de otras partes.

Lo anterior indica que la migración en la actualidad implica una menor transferencia de población que antes de una rama o sector de la economía a otro, y que los migrantes, aunque todavía más inclinados a "repar" ocupacionalmente que los nativos, son más estables que en épocas previas. Además, de 1940 a 1980 los aumentos de población de los estados norteros se vieron muy opacados por las ganancias netas de las tres grandes áreas metropolitanas. Pero a partir de 1980 se convirtieron en los más importantes centros netos de atracción de población, al desplomarse el dinamismo de la Ciudad de México, con lo que aumentaron sus ganancias tanto en términos absolutos como en términos de la proporción de flujos de migrantes interestatales (Corona, 1993).

2. Mercados de trabajo regionales y migración circular y de corto plazo

Un segundo tipo de movilidad de la población relevante para las poblaciones rurales y los mercados de trabajo regionales consiste en movimientos de población de corto plazo y de corta a mediana distancia. Su estudio, sin embargo, requiere un enfoque metodológico específico, puesto que estos flujos pueden ser detectados sólo en forma parcial mediante censos de población. Aquí se

enfocan mediante una revisión de estudios de caso de la subsistencia de la unidad doméstica, estudios de fuerza de trabajo característica de la industria, o estudios específicos de migración laboral.

Numerosos ejemplos revelan el patrón básico de estos movimientos en el México central, meridional y occidental. Los antropólogos han registrado migración rural semanal o estacional desde hace mucho. La primera en llevar a cabo un estudio desde una perspectiva urbana en México fue, sin embargo, (Arizpe, 1975, 1978), que le llamó migración de relevos, basada en "microestructuras de migración" (básicamente, pero no de manera exclusiva, la familia). Detalló cómo los campesinos (la mayoría de los cuales eran mujeres) de un área rural pobre conocida como Mezquital migraban semanal o estacionalmente a la ciudad de México, para regresar luego a sus comunidades. Le llamó migración de relevos porque, a medida que se desarrollaba la unidad doméstica, migraban diferentes miembros: primero el cabeza de familia varón, luego las hijas e hijos. Ella observa asimismo que este tipo de migración no implica la disolución de la base de la unidad doméstica local, y que los miembros satisfacen un cierto número de necesidades comunitarias por medio de la migración. Un estudio de la industria de la construcción en la ciudad de México (Bueno, 1993) reveló que 42% de los albañiles y peones que trabajan en la construcción de vivienda eran miembros activos de familias que residían de 50 a 400 kilómetros de distancia. Estos trabajadores viajeros regresaban a sus hogares cada semana o de vez en cuando, a trabajar las tierras y participar en las fiestas de sus pueblos. Durante su estancia en la ciudad de México, estos trabajadores vivían en los sitios de la construcción o con parientes, manteniendo sus compromisos financieros, laborales y familiares en sus pueblos de origen. El trabajo de Bueno proporciona elementos para afirmar que la reestructuración rural está afectando estos sistemas laborales: nota que estos trabajadores viajeros habían laborado anteriormente en agroindustrias, cuya quiebra aumentó su dependencia de los trabajos de construcción urbanos.

Los flujos laborales de corto plazo y a distancia más corta han sido documentados para muchas otras áreas: familias que residen en ejidos y pequeños pueblos dentro un radio de unos 50 kilómetros de Zamora, Michoacán, de manera regular envían a sus hijos e hijas a trabajar en el empaque de fresas, en servicios personales y en la industria de la construcción en esa ciudad, regresando a diario a sus hogares (Mummert, 1991).

En algunos casos, estos movimientos se volvieron más complejos e institucionalizados. La región que circunda Xalapa, en Veracruz, es famosa por su diversidad de actividades agrícolas y otras y una población étnica igualmente diversa. Ahí, la erosión del suelo, los cambios de cultivos y el crecimiento demográfico, que llevaron a una atomización de la tenencia y a un número creciente de trabajadores sin tierras, empujaron a la población hacia actividades asalariadas durante la mayor parte del año. Aunque la mayoría, aun aquellos formalmente sin tierra, tenía acceso a una muy pequeña parcela ejidal y cultivaba algunos productos de subsistencia, se empleaban en un circuito que abarcaba unos 200 kilómetros, donde trabajaban sucesivamente alguna tierra para ellos, luego en las plantaciones de cítricos y de café, luego en la zafra de la caña, y finalmente en alguna ocupación urbana de fácil acceso (construcción, comercio ambulante o los servicios), tras lo cual el ciclo se repetía (Rodríguez, 1993).

Pero este sistema de movilidad laboral regional se está quebrando debido a que se han desplomado los precios internacionales del café y la industria azucarera fue privatizada y reestructurada. Esto ha significado que la migración a Xalapa y otros centros urbanos regionales del estado de Veracruz, que era marcadamente estacional, se está volviendo permanente, con el cambio consiguiente en el suministro de mano de obra local. La investigación en esa ciudad (Simón, 1994) mostró que numerosos migrantes que construían casas en las afueras de esa ciudad habían migrado previamente (de modo temporal) a esa y a otras ciudades regionales, a trabajar como peones, pintores, sirvientes, lavanderas, artesanos y estibadores. Parece que su decisión de asentarse en la ciudad descansó en las dificultades crecientes para sus patrones de trabajo itinerante previo.

Iszaevich (1988), que por muchos años prestó atención estrecha a la migración de varias comunidades pequeñas en el Valle de Oaxaca, detectó varios patrones de trabajo, empleo y migración en estas comunidades. En este valle, los ejidos son muy pequeños (con 50 ó 100 parcelas familiares de suelo pobre) o consisten mayoritariamente en tierras comunales que son inadecuadas para el cultivo. Allí, los trabajadores provenientes de pueblos bien comunicados viajan a diario a Oaxaca; en otra ciudad, donde los textiles de lana se convirtieron en la industria principal, ésta es la base de la migración para los pequeños comerciantes que viajan hasta Tijuana. En otra más, la migración a la ciudad de México y a los Estados Unidos es tan generalizada que 230 de 530 jefes de familia están normalmente ausentes, volviendo sólo temporalmente o para la Guelaguetza (la fiesta comunitaria y regional más importante) cada año. Esta diversidad de los patrones de migración y movilidad de la mano de obra sirve para resaltar que aun en el estado pobre, remoto y fuertemente indígena de Oaxaca, los patrones de movilidad del trabajo y la mano de obra están estrechamente articulados con las economías y actividades urbanas, y la agricultura ha dejado de constituir la base de la estructura social local.

Fuerzas similares parecen operar en las comunidades campesinas de la sierra de Guerrero. Ahí, cada año decenas de miles de ejidatarios pobres y jornaleros son contratados por horticultores de Sinaloa, que los llevan directamente a los campos. Estos horticultores producen para el mercado interno y externo. Esta migración se ha vuelto una de las bases de la subsistencia de estos campesinos pobres. Esta base se vio erosionada a medida que una reestructuración más profunda afectó a los prósperos horticultores. Primero, el Pacto de Estabilidad y Crecimiento Económico, al que ya hemos hecho referencia, y sus sucesores, resultó en una sobrevaluación del peso, que erosionó la competitividad de las hortalizas frescas de Sinaloa en el mercado de los Estados Unidos. Segundo, el mercado de hortalizas mexicano se abrió a la competencia extranjera, sobre todo de Estados Unidos, lo que llevó a recortes adicionales en la producción. Tercero, los precios de un cierto número de cultivos comerciales mexicanos (arroz, sorgo, caña de azúcar, etcétera) fueron dejados a las fuerzas libres del mercado, lo que redujo los precios con ayuda de las importaciones. Por último, el precio del maíz fue cuidadosamente protegido, dado que se asumía que esto se traduciría en mejores ingresos para las familias campesinas pobres, productoras de maíz. Como resultado de ello, entre 1990 y 1994 Sinaloa cambió de la producción de jitomate y verduras de exportación al cultivo de maíz automatizado en gran escala en los vastos distritos de riego. El maíz se volvió un cultivo lucrativo para los agricultores sinaloenses, que dejaron de emplear a los jornaleros de Guerrero. No se sabe si estos jornaleros se están yendo a otras partes, pero Guerrero es ciertamente uno de los estados que está aumentando su presencia en los flujos migratorios internos e internacionales.

Es importante observar que otras formas "rural-rural" de migración no están funcionando como lo hacían en los sesenta y los setenta. Los campesinos indios de Los Altos de Chiapas tenían sistemas de movilidad de mano de obra estacional en dirección a las plantaciones y explotaciones agrícolas comerciales. Otros, escapando de comunidades indígenas saturadas, se dirigieron a la selva lacandona, que por lo menos durante veinte años absorbió excedentes demográficos significativos. Durante los años ochenta, sin embargo, la selva lacandona dejó de cumplir esta función, en parte porque 600 000 hectáreas de selva fueron entregadas a los lacandones en 1977 (Leyva, 1994), en parte porque las compañías madereras y ganaderas se apropiaron del uso de la tierra. Esto aglomeró a indios de diversas comunidades, lenguas y grupos étnicos en nuevas comunidades que resultaron muy conflictivas (ib.). Los que permanecieron en Los Altos presenciaron una caída del crédito y de los precios del maíz -antes de 1991- y en los precios del café (cultivaban pequeñas cantidades de café para cubrir sus necesidades de dinero en efectivo) (Harvey, 1994). La disolución del Instituto Mexicano del Café los sometió a castigos adicionales en los precios a manos de los mayoristas. Los grandes productores, en reacción a los mercados internacionales, tendían a emplear menos mano de obra temporal de Los Altos. Estas tendencias no explican en sí mismas la insurgencia en Chiapas en 1994, pero representan factores que sí contribuyeron a ella.

Otro factor que cambió la naturaleza de los sistemas de trabajo rurales y regionales es la microindustrialización rural y urbana, aparentemente un fenómeno general. En un estudio que reseña los cambios en la estructura de empleo nacional, (García y Oliveira, 1994) descubrieron que, mientras que el empleo manufacturero asalariado estaba disminuyendo en las tres áreas metropolitanas, estaba subiendo en las ciudades inferiores a 100 mil habitantes. Esta tendencia ha sido analizada en el occidente de México desde hace algún tiempo, en una región que incluye el centro y este de Jalisco, el noroeste de Michoacán y Guanajuato, donde la industrialización de pequeña escala ha sido detectada por varios autores (Escobar, González de la Rocha y Roberts, 1987; Escobar, 1988; Arias, 1991; Wilson, 1991). Primero, existe una tendencia a que la industria en pequeña escala abandone Guadalajara en favor de una amplia área perimetropolitana dentro de un radio de 30 kilómetros de la ciudad, en municipios que acogen con beneplácito esta industria y el empleo que crean. Esto ha provocado un cambio marcado en la tenencia de la tierra y en el uso de ésta (con la consiguiente alza en la operación de los mercados de tierra), y presión sobre las redes de servicios que emanan de la ciudad o de fuentes previamente aprovechadas por ésta. Segundo, las redes de maquila se han extendido por toda la región, uniéndola más estrechamente. Algunos autores han señalado la crisis de producción en Guadalajara como la fuente de este aumento en la industria de pequeña escala y la maquila en toda la región (Escobar, 1988), una fuerza "centrífuga" para la industrialización rural y microurbana. Los problemas de mercado, crediticios, fiscales, y legales que se vieron acentuados por la crisis, fueron tratados por medio de una huida masiva de redes de maquila hacia la periferia urbana, donde los salarios eran más bajos y la supervisión del gobierno mucho más débil. Otros autores han destacado el rol desempeñado por las élites económicas y políticas en esas pequeñas ciudades (La Piedad, Zapotlanejo, León, San Francisco del Rincón), y la industrialización y la urbanización en su opinión son por tanto producto de la dinámica endógena de las economías rurales y microurbanas (Arias, 1991).

Este tipo de industrialización y empleo también parece "encajar" en las organizaciones laborales previas de las familias de esta región, de la que los hombres han venido migrando a los Estados Unidos desde principios de siglo, dejando a las mujeres, los niños y los ancianos detrás. Son los miembros de estas unidades domésticas las que están volteando sus ojos a la maquila y al empleo manufacturero.

A mediados de los años noventa, Zapotlanejo, una ciudad a 30 kilómetros de Guadalajara, era ya el principal abastecedor tanto de ropa mexicana "típica" de bajo precio para el resto de México y el mercado étnico de las ciudades del suroeste de Estados Unidos, como, crecientemente, de ropa popular de bajo precio; Ayotlán y Atotonilco alojaban un gran número de empresas de ropa de tamaño pequeño y mediano; en San Miguel el Alto existían dos grandes fábricas de tejido en el centro de la ciudad, que sirve asimismo como el núcleo de una red de maquila; los municipios microurbano en Guanajuato se han sumado a las redes de maquila de zapato de León; muchas ciudades y pueblos de Los Altos de Jalisco maquilan para comerciantes de ropa especializados nacionales e internacionales (muchas empresas internacionales de artículos deportivos, Levi's y otras marcas de ropa). El distrito industrial que va de Guadalajara a El Salto, considerado un fracaso de industrialización planificada, finalmente arrancó a partir de 1990, y ahora alberga un gran número de empresas electrónicas, químicas y otras.

La presencia y operación de estos sistemas de movilidad regional es significativa no sólo desde el punto de vista de las ciudades receptoras sino, en este caso, para el funcionamiento de economías y mercados de trabajo rurales locales. La sobrevivencia y la reproducción en el campo mexicano han descansado tradicionalmente en una gran diversidad de actividades. Lo que se ha vuelto más prominente, durante los últimos 30 años o más, es el componente urbano de esta diversidad ocupacional.

El número de trabajadores no ejidatarios, no rurales en estos municipios es por tanto muy grande. Correspondientemente, el número de ejidatarios que trabajan sus propias tierras ha descendido en forma gradual en los últimos 20 años. Los migrantes dejan sus tierras a parientes o a agroempresarios; otros mexicanos "rurales" están dedicando menos tiempo a la agricultura y otros más a otras actividades. En consecuencia, la inversión y la productividad en la agricultura ha dejado de ser importante para ellos, aunque cierta modernización agrícola es debida a ingresos urbanos, y de manera significativa a la migración internacional.

Los sistemas de movilidad laboral "rurales" -que, como se vio, tienen componentes urbanos importantes- son un aspecto clave de la economía política de México y fundamentales para una comprensión de la emigración mexicana con base rural. Están cambiando rápidamente gracias a la transformación de un patrón de crecimiento y acumulación de capital endógenos y orientados hacia adentro a una economía política abierta orientada hacia afuera. En el pasado, estos sistemas de movilidad laboral rural contribuían significativamente al aumento de la primacía y a una economía rural dual. En la actualidad son inestables debido a tasas más bajas de crecimiento económico y de empleo en otras áreas de México y el extranjero y a las reformas institucionales, la última de las cuales, la reforma del artículo 27 de la Constitución, no es un factor primario de la desestabilización, pero podría contribuir a este aspecto de la reestructuración rural.

Este resultado no es homogéneo en todo México. En el norte-centro, occidente y, en menor grado, el centro de México, la urbanización y la industrialización de las economías locales está proporcionando más empleo y podría ayudar a mantener su población en parte o por entero arraigada en el área. Al contrario, en el norte y el sur, los sistemas de trabajo rurales parecen hallarse en una condición más crítica, porque es allí donde había una mayor dependencia de la agricultura comercial o de trabajos urbanos temporales que son cada vez más escasos. Es en estas áreas donde la desestabilización es más evidente y la migración se está incrementando.

D. La redistribución del PIB tras la reestructuración

¿Qué parte de estos cambios en la reestructuración y los sistemas laborales se refleja en las contribuciones de los estados y las regiones al PIB de México? En esta sección, nuestro análisis plantea, por razones de simplicidad, un centro en retroceso y un norte en progreso claro. El análisis de la contribución de cada estado al PIB mexicano así como el cambio relativo en estas contribuciones durante la década final de la industrialización por sustitución de importaciones y el auge petrolero (1970-80), la crisis y el ajuste (1980-88), y la reestructuración (1988-92) sugieren que el cambio en la distribución del PIB entre los estados no se aceleró durante la crisis, y que puede haber disminuido durante la reestructuración (tomando en cuenta el período más corto). El cambio absoluto en las contribuciones al PIB se reduce un tanto durante la crisis y más aún durante el último período, como lo hace el cambio promedio en contribuciones relativas. Además, durante la crisis fueron los estados más grandes los que produjeron una parte significativa del cambio. Una caída absoluta grande en el Distrito Federal, que perdió casi cuatro puntos porcentuales del PIB nacional de 1980 a 1988, representa la parte más significativa del cambio total (40% de pérdidas totales, o 20% del cambio absoluto total).

No obstante, un gran número de estados cambiaron sus tendencias en su participación en el PIB desde el primer período (1970-80) al segundo (1980-88) y tercero (1988-92). La mayoría de los estados norteros siguen un patrón similar, con una pérdida relativa, y posteriormente una ganancia consistente. Pero es notorio que, durante el último período (reestructuración), sólo tres de los ocho estados de esta región incrementen su participación en el PIB, a pesar de una marcada liberalización del comercio internacional. En conjunto, durante el primer período la región pierde 2.36% del PIB nacional, luego gana 1.67% y, por último, pierde de nuevo 0.08%.

Los estados del Centro-Norte se quedaron rezagados durante el primer período y luego crecieron más que el promedio. Su crecimiento durante la crisis se explica por la rápida urbanización e industrialización, que se relaciona con la reubicación manufacturera, la expansión de la manufactura local y los intereses financieros -algunos de los cuales han sacado ventaja de la privatización- y, en un grado considerable, a inversiones de Monterrey y empresas extranjeras. Un caso prototípico es el de Aguascalientes, que ha recibido sumas muy cuantiosas de inversión extranjera en manufactura avanzada. Durante el primer período, su pérdida agregada fue de 0.87%, en la segunda gana 1.19%, y el período final tuvo una ganancia más moderada (0.41%). A diferencia de la Frontera-Norte, esta región parece tener una base más segura para el crecimiento consistente.

Nuestra hipótesis plantea una región central en retroceso. El Distrito Federal muestra una baja continua en importancia durante los dos períodos, lo que indica que una caída en la concentración económica estaba en proceso antes de las reformas económicas, aunque esta baja se aceleró durante la crisis (Garza, 1992). El Estado de México muestra una subida en los dos primeros períodos, aunque durante la crisis es considerablemente más pequeña (por desgracia, no puede evaluarse por sí misma durante el tercer período). En suma, durante el segundo período existe un movimiento centrífugo de actividad económica que va más allá de los dos estados centrales metropolitanos y beneficia al resto excepto Puebla. Durante el último período (reestructuración), la pérdida agregada de los dos estados metropolitanos se ve de nuevo contrarrestada por aumentos relativos, esta vez en *todos* los otros estados de la región, incluida Puebla.

Investigación anterior (Muñoz y Oliveira 1989, Garza, 1980-1985) ha mostrado que el Centro (que llaman el Centro-Este) se estaba volviendo un sistema urbano regional, cuya dinámica económica se derivó inicialmente desde el Distrito Federal pero, para 1980, se había expandido a la mayoría de los estados de la región. Estos autores concluyeron que, si bien existía cierta desconcentración del Distrito Federal, la región mantenía su rol central en la economía mexicana. Su análisis, sin embargo, se detiene en 1980. El presente análisis muestra que esta región está, de hecho, perdiendo terreno frente a la economía nacional.

En conjunto, sobresalen tres procesos: el Norte y el Centro-Norte decaen ligeramente, prosperan durante la crisis y permanecen estables en el curso de la reestructuración (lo último es contrario a lo esperado); 2) aunque dista aún de ser "un agujero en el centro", parece desarrollarse un anillo de crecimiento dinámico en torno al núcleo estancado del desarrollo provocado por la industrialización mediante sustitución de importaciones que, en conjunto, disminuye en importancia durante la crisis y, posteriormente, se estabiliza. Los dos procesos previos producen un "corredor" de crecimiento del Estado de México en dirección al Noroeste y al Centro-Norte; 3) El Sur-Sureste es el perdedor relativo, aunque diverso. Comprende algunos estados bastante estables y otros que están perdiendo terreno de manera acelerada durante la crisis y la reestructuración. Esto se observa a pesar de que estas regiones periféricas ya estaban conectadas a los mercados mundiales por medio del petróleo y la agricultura comercial. A estas áreas les está yendo peor aun que al centro. El último período, por otra parte, presencia la estabilización del centro, que no puede ser explicada con base en el análisis anterior, pero se relaciona probablemente con la reanudación de un sesgo gubernamental en favor de este centro, vía el efecto multiplicador que genera el incremento del gasto en el aparato de producción y servicios. El resultado neto para el Norte es una ganancia. Pero su relativa estabilización durante la reestructuración, que es también contraria a las expectativas, podía relacionarse con lo siguiente: 1) un sesgo en el gasto de gobierno contra esta región; 2) la sobrevaluación del peso hasta 1994, que disminuye su valor en las actividades económicas vinculadas al dólar, y 3) tal vez la huida de algún turismo, comercio y actividades relacionadas con la producción a ubicaciones justo al norte de la frontera a partir de 1989 (que fueron abaratas, en términos relativos, por un peso alto).

II. La movilidad como migración interna e internacional

A. La migración interna: de la dinámica endógena a la exógena

La migración interna ha cambiado de carácter y dirección en los últimos veinte años, si bien, en comparación con la población total del país, no ha aumentado de forma significativa en los últimos 20 años: 15% de todos los mexicanos residentes en México habían migrado de un estado a otro en 1960. Para 1990, este porcentaje se había elevado, de forma muy modesta, a 18% (Corona, 1993:752). La migración internacional aumenta mucho más significativamente en los últimos 30 años.

En cuanto a la migración interna, primero abordaremos su resultado en términos de los sobrevivientes: los mexicanos residentes en México en 1992 y entrevistados en la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID). Luego prestaremos atención a los cambios recientes. El análisis se hace en términos de la migración de todos los sobrevivientes en 1992, en términos de los flujos interregionales.

El grueso de la migración mexicana tiene lugar dentro de áreas o regiones pequeñas. Para 1990, 45% de los mexicanos residían lejos de su lugar de nacimiento y 36.25% habían abandonado los municipios de nacimiento, pero sólo 9.7% vivía en otra región de México. El porcentaje total de mexicanos que vivían fuera de su región de nacimiento rondaba el 15% (el total interregional sumado al

internacional). La población con experiencia migratoria, no obstante, es mucho más amplia, por las razones explicadas en otra parte del texto, *i.e.*, los sistemas de trabajo, en la mayor parte de las comunidades, implican alguna migración, y la mayor parte de la migración es, en algún punto, circular.

Dos regiones ganaron población con base en estos flujos: la Frontera-Norte y el Centro. En comparación a su población, el Norte obtiene mucho más que el Centro. En términos relativos, la región con la emigración más numerosa es el Centro-Norte (la región que ha producido tradicionalmente la mayoría de los migrantes internacionales), pero el tamaño absoluto de la emigración del Sur-Sureste es mayor. Los flujos más amplios que se dirigen al Norte provienen del Centro-Norte. Los flujos más grandes que se dirigen al Centro provienen de la Región Sur-Sureste. Los flujos mantienen correspondencia en buena medida con esto también, y las regiones que ganan población de la migración interna "corresponden" a sus principales regiones alimentadoras regresando a ellas sus flujos más grandes: la emigración más vasta de la Frontera regresa al Centro-Norte, los flujos de emigración más grande del Centro se mueven en dirección al Sur-Sureste. Esto podría explicarse con base en las redes de parentesco: la gente puede regresar al lugar de nacimiento de sus padres, donde tiene parientes.

En el lapso de 20 años, la migración interna se ha movido claramente en dos direcciones. Primera, en 1970 el grueso de la migración se desplazaba de las áreas rurales a las urbanas. En 1990, se ha vuelto urbana-urbana. Esto tiene que ver con la urbanización de áreas rurales ya descritas y el cambio del grueso de la población de las áreas rurales a las urbanas. Esto significa que la migración ya no implica una transferencia de población de la agricultura y que los flujos migratorios se componen de gente con experiencia urbana, incluido el trabajo urbano.

Segundo, de 1940 hasta en algún momento de los años 1970, la mayoría de la migración interna era centrípeta. Fluía en dirección al núcleo económico y político: a la ciudad de México, sobre todo, y a Guadalajara y Monterrey, en mucho menor grado. En este sentido, la migración respondía a la amplia marginalización del resto del país y la reforzaba. En la actualidad, la mayor parte de la migración es centrífuga, en términos micro y nacionales. Es centrífuga en términos microrregionales porque el Distrito Federal, en el meollo de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, se ha convertido en un área de baja fertilidad y elevadas tasas de emigración: expulsa población a estados menos privilegiados que circundan la ciudad de México, como el Estado de México, que recibe el grueso del total, y el resto de los estados en torno a ella, que son menos importantes. No obstante, no todos los emigrantes de la ciudad de México se desplazaron a estos estados centrales. De hecho, la inversión de los patrones migratorios de la ciudad de México explica una buena porción del cambio de la migración de origen rural a una de origen urbano en todo el país.

Es centrífuga en un sentido nacional porque toda la región Centro muestra un balance migratorio negativo por primera vez en el período 1985-1990, según el Censo, con reducciones en la primacía urbana y en la primacía "regional". Desde una perspectiva del sistema mundial, empero, todos estos cambios pueden interpretarse como la subordinación (o marginalización) de los centros nacionales a los flujos internacionales de mano de obra, que se están volviendo más intensamente centrípetos en términos globales. El núcleo de México, que solía tener la capacidad de dar cuenta de una buena parte de los flujos de migración que se daban en el país, ya no lo hace, o en el mejor de los casos lo hace en un sentido negativo. De hecho, la mayor parte de los cambios consisten en migración hacia el Norte, a la frontera, o más allá.

En el Norte, los estados que tienen ciudades fronterizas medianas o grandes (como Ciudad Juárez) atraen población conforme a su elevación en el PIB nacional e incluso más, como en el caso de Tamaulipas, donde se localizan Matamoros y Nuevo Laredo. Estos estados atraían población mucho antes de sus incrementos en el PIB relativo. Los que carecen de ese tipo de asentamientos

urbanos, como Coahuila, no gozaban de la misma atracción. No hay cambios importantes en la región: continúa atrayendo gente como lo hizo hasta 1970.

El Centro-Norte, con una dilatada historia de emigración, continúa expulsando gente, a pesar del crecimiento relativo del PIB, con excepción de Aguascalientes, que disfruta el mayor crecimiento dinámico en el empleo y la inversión de esta región. Las tasas totales de emigración, sin embargo, han descendido, como puede verse en la mayoría de los índices de migración, que eran muy bajos en 1970 y ahora se acercan a 100.

El Centro, que pasa por una reestructuración interna (como se explicó páginas atrás), cambia de modo significativo y en buena medida se ajusta a una perspectiva de sentido común de la migración en cuanto espejo del desempeño económico. El Distrito Federal pasa de ser un punto de atracción a convertirse en un núcleo de expulsión masiva de población. Puebla, que se estanca en cuanto al PIB relativo, es un expulsor consistente; pero también lo son Hidalgo y Tlaxcala, a pesar de cierto crecimiento dependiente. Querétaro invierte las tendencias previas y atrae flujos significativos, de acuerdo a su auge en los años ochenta. Morelos recibe población. El Estado de México, que en el pasado recibía flujos de los sitios más periféricos, aumenta su recepción de migrantes, ahora del Distrito Federal, lo que refleja flujos centrífugos. Estos flujos, debido a su naturaleza masiva, parecieran exceder el crecimiento en PIB relativo del estado, que es sólo de 5%. Posiblemente, los flujos tengan que ver sobre todo con la desconcentración residencial más que del empleo. El Sur-Sureste, como el Centro-Norte, continúa expulsando población pero sus índices también aumentan ligeramente, lo que indica una subida en los flujos de inmigración a esta región. La excepción es Veracruz, que expulsa más población en el último período.

La naturaleza cambiante de los flujos hacia y desde el Distrito Federal requiere un examen adicional. Los migrantes originarios del Distrito Federal representaban únicamente 2.6% de todos los migrantes internos en 1950. Para 1990, la cifra llega a 22.3% (Corona, 1993). El Estado de México recibe el grueso de este flujo. Son los estados de la periferia del viejo núcleo los que reciben partes más que proporcionales de emigrantes del D.F., por ejemplo, en el Estado de México queda la mayoría (más de un millón, o la mitad del flujo total).

B. La migración internacional: cambios en tamaño, composición y región de origen

En contraste con la migración interna, la migración internacional ha aumentado más rápidamente en términos absolutos y relativos. En 1960, ascendía a 1.5% de todos los mexicanos, mientras que en 1990 se había elevado a 5.2% y en el año 2000 había ya implicado la transferencia de stocks netos del 8.2 – 8.6% del total de la población nativa a los Estados Unidos. En términos relativos, equivale a casi seis veces el número total de 1960. En términos absolutos, aumenta casi doce veces su volumen comparado con el de 1960. La migración neta externa ha aumentado de forma más acelerada, puesto que los inmigrantes a México han aumentado mucho menos que los emigrantes, de 195 000 en 1960 a 383 000 en 1990 y 475,000 en 1997. Dado que los emigrantes pasan de 451 000 a 8.4 millones en el mismo período, esto significa que el balance negativo aumenta a 31 veces su valor de 1960 en 1997. México pasa de una emigración neta moderada a una emigración neta sustancial en este período. En esta sección describiremos cómo el crecimiento de la emigración está relacionado con el cambio en el origen regional de los migrantes y, de este modo, a la reestructuración territorial de la sociedad y la economía mexicana. Evaluaremos asimismo el impacto de los diferentes patrones de migración en cada región sobre el origen cambiante de los emigrantes mexicanos, y los patrones de la migración a medida que varían con la edad, el sexo y el parentesco en la unidad doméstica de origen. Por último, trataremos de establecer

si hay algunos cambios recientes (1987-92) en la dinámica de la migración mexicana en términos de edad y composición sexual del flujo.

Tal vez el mejor cálculo del origen regional de los emigrantes mexicanos "asentados" en 1981 se pueda extraer de la Encuesta de Población Legalizada, aplicada a 2 000 solicitantes que se beneficiaron de la llamada amnistía general en Estados Unidos acogiéndose al Acta de Reforma y Control de la Inmigración de 1992, una vez que habían logrado el estatus de inmigrantes legales. Esta población es distinta de la de trabajadores agrícolas regularizados ese mismo año porque la amnistía general sólo se otorgó a quienes probaron que habían residido seis años continuos en ese país. La región expulsora tradicional, el Centro-Norte, es la más importante en este flujo de asentamiento, con 26.12% de los que mencionan estado de nacimiento. A éstos les siguen los del Occidente, que es asimismo una región expulsora tradicional, con 23.64%. Siguen el Sur-Sureste y la Frontera-Norte, con 21.36% y 20.6% respectivamente, y, por último, el Centro, con 8.28%. La concentración en estados particulares es aún más notoria: Jalisco representa un 20.25% de todas las legalizaciones de amnistía general y Michoacán 14.36%. Si sumamos estos dos estados a la región expulsora tradicional, para tener una región contigua, entonces más del 60% de todos los inmigrantes legalizados provienen de ella. El único estado del Sur-Sureste con presencia significativa en este flujo es Guerrero. Oaxaca, que en el Censo de 1990 registra un número significativo de migrantes (sexto en importancia), contribuye una suma insignificante, como todos los estados en el Sur-Sureste. Pero esta composición regional estaba a punto de cambiar en respuesta a la decreciente capacidad de las estructuras de empleo urbanas y rurales del país para absorber y remunerar a los trabajadores, en especial a los del sur de México.

Si se comparan los principales estados de origen de 1970 y 1990 se observa que la región expulsora tradicional no ha dejado de mandar migrantes a Estados Unidos, pero ha disminuido su contribución absoluta y relativa al flujo desde 1980. Otras regiones han subido de modo muy notorio, y dan cuenta ahora de la mayoría de la emigración internacional de México.

Los saldos de la migración externa de las regiones de México en 1970 y 1990 son los siguientes: Primero, la migración, como se dijo, aumenta en comparación a la población de México, de 0.55 individuos por mil por año en los sesenta a 3.13 en los ochenta, casi seis veces. La tasa se mantiene más o menos estable en los años noventa, pero esto indica un crecimiento equiparable al de la población mexicana. Segundo, hay una recomposición en los orígenes de los migrantes, debida menos a una disminución en algunas regiones que a un aumento en otras anteriormente casi ausentes de los flujos de migración internacional. El Centro-Norte y el Occidente, que en los sesentas representaban 20% de la población de México y proporcionaba un 57.7% del flujo total, en los ochenta da cuenta de la misma participación en la población total, pero sólo de un 26.76% del flujo total, es decir, reduce a la mitad su contribución relativa. En contraste, el Centro, la región más poblada, tenía una tasa de emigración insignificante en comparación con su población en los sesenta y esta tasa relativa prácticamente se multiplicó por 18. El Norte y el Sur-Sureste eran más importantes en los flujos pero también aumentan sus tasas y su contribución relativa. En suma, la migración internacional pasa de ser un fenómeno que estaba muy concentrado en una región (o dos regiones adyacentes, la Centro-Norte y el Occidente) a una dispersión relativa por todo el país.

Las salidas de los estados del Centro-Norte y el Occidente llegaron a su punto culminante en los setenta y, posteriormente, en los ochenta cayeron de manera significativa. También, un pequeño número de estados se mantienen como expulsores firmes. En los sesenta, Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Zacatecas y Chihuahua, en ese orden, eran los más grandes suministradores de migrantes. En los ochenta, los cinco primeros lugares los ocupan Chihuahua, Jalisco, Distrito Federal, Michoacán y Guanajuato. Cuatro estados permanecen entre los cinco primeros expulsores. Con excepción de Zacatecas, que sale de este grupo, los otros estados son muy populosos en términos absolutos. Si agrupamos los estados conforme a sus tasas de migración relativa anual, se

obtienen resultados diferentes. En los sesenta, Zacatecas, Jalisco, Colima, Morelos, Nayarit y Michoacán tenían las tasas más elevadas, mientras que en los ochenta los relevaron en orden de importancia los estados de Chihuahua, Colima, Morelos, Nayarit y Michoacán, en ese orden, que arrojan las tasas más altas en comparación a su población. Sólo un estado permanece en el grupo. El alza de tres estados demográficamente pequeños es significativa. Guerrero y Oaxaca, estados pobres del Sur-Sureste, muestran una subida drástica en su contribución relativa y absoluta al flujo. En conjunto, la evaluación regional del surgimiento y la reorganización de los flujos de emigración proporciona un buen panorama de los orígenes cambiantes de los migrantes. Además, una regionalización fincada en la migración sólo podía resultar en una región contigua con una relevancia razonablemente continua en los flujos migratorios, si el Centro-Norte se sumaba con el Occidente y Michoacán. Pero aun esta regionalización mostraría una subida en la contribución de otros estados y regiones.

La migración interna e internacional parece hallarse relacionada de diversas formas, y parece ser el resultado de la incapacidad del Centro para absorber migrantes internos del Sur-Sureste y del surgimiento de la Frontera-Norte como una región que atrae migrantes. Dicha atracción no fue demasiado significativa en términos de los flujos de población interna en los sesenta, pero se ha vuelto muy importante en los ochenta. A medida que la Frontera-Norte atrae más y más población, se vuelve un punto importante de partida para los migrantes (la principal región de partida en nuestra regionalización). Dos regiones contribuyen más que la suma promedio a la migración internacional: el Occidente, que duplica la tasa promedio, y la Frontera-Norte, con 50% más que el promedio. La región expulsora tradicional descende en este período de tres veces la tasa promedio a justo por encima de ésta, y las otras dos regiones (Centro y Sur-Sureste) aportan un contingente menor que su posible participación, pero sus tasas parecen estar subiendo.

La migración mexicana a Estados Unidos consiste, en buena parte, en migración de retorno. Esto es, el número de personas que se desplazan a Estados Unidos y pasan períodos variables de tiempo allá es considerablemente más alto que el número de personas que se suman a la población mexicana permanente en dicho país. Según ENADID (INEGI:1995), llevada a cabo en México en 1992, 47% de los migrantes que partieron a Estados Unidos en busca de trabajo entre 1987 y 1992 había regresado a México. Existen diferencias en la proporción de regresos según la región de origen, la fecha de partida y las características personales. Los estados del Norte, que se han vuelto fuente importante de migrantes, tienden a tener tasas de regreso más altas que el promedio (52.6%), al igual que el Occidente (57.2%), en particular Jalisco (62.6%). El núcleo de la región expulsora tradicional, por otra parte, muestra una tasa promedio de regreso (46.1%). El Centro y el Sur-Sureste tienen tasas más bajas que el promedio de migración de retorno (43.1% y 39.1% respectivamente).

Como se sabe, la edad, el sexo y el estado civil influyen asimismo en los patrones de migración. Los migrantes jóvenes tienden a regresar a México con menos frecuencia (sólo lo hacía un 36.13%). Mientras que 48.7% de todos los hombres regresan, el porcentaje de mujeres es de 41.7%. La responsabilidad de la unidad doméstica se asocia con tasas más elevadas de migración de regreso: 77.2% de los cabeza de familia varones regresaron en ese período, y las mujeres registradas como esposas mostraron un tasa más alta de retornos: 88.7%. Por el contrario, los hijos tienden a quedarse en Estados Unidos: sólo 34.4% de los hijos varones y 33.1% de las hijas de los cabeza de unidad doméstica habían regresado. Aquéllos menos susceptibles de regresar, por razones obvias, son miembros de la unidad doméstica registrados como "otros parientes". Los hombres en esta posición regresan únicamente en un 22.9% de los casos, mientras que las mujeres lo hacían con menor frecuencia: 17.9%. Éstas no sólo tienen menos compromisos familiares con la unidad doméstica de origen, sino que su parentela inmediata puede estar ya en los Estados Unidos. Por último, hay fuertes influencias históricas locales sobre la conducta de los migrantes. En Jalisco, mientras que los migrantes de Tepatitlán regresan de manera regular, y casi siempre

definitivamente, a su pueblo de nacimiento, ahí contraen matrimonio y ahí invierten sus ahorros, los de Lagos de Moreno y de Ciudad Guzmán lo hacen mucho menos. Los vínculos entre migración y desarrollo local son muy variables (Arroyo y Papail, 1996).

En un momento posterior (1996 y 2000), las cifras de la CPS muestran dos procesos principales: una concentración en las edades laborales, en detrimento de la participación de niños y personas de más de 65 años, y una ligera pérdida en el índice de masculinidad. Parece ser que hay dos grandes períodos a partir de 1986, en términos del monto y la composición sociodemográfica de los migrantes a Estados Unidos. Un primer momento de reunificación familiar con los hombres legalizados a través de IRCA, que se extiende hasta aproximadamente 1992, y un período posterior en que pesa más el componente laboral, normalmente indocumentado, ajeno a ese proceso de legalización. Hay un leve pero apreciable aumento del peso de las mujeres en edad fértil y laboral en la población de mexicanos residentes en Estados Unidos.

También durante los años noventa, las fuentes sugieren que ocurre otro proceso. Por una parte, de 1989 a 1996 se incrementaron en 60% los hogares rurales que dependen de ingresos del extranjero (Corona, 2000). Otra fuente indica, asimismo, que la emigración rural a los Estados Unidos fue proporcionalmente mayor a la de 1987-92. A pesar de que la emigración en general creció, parece ser entonces que la emigración rural creció aún más fuertemente. Esto puede estar relacionado con los problemas económicos causados a las familias pobres del campo por la reestructuración que se dio en ese sector a partir de fines de los años ochenta.

En general, los censos de población mexicanos de 1970 y 1990, así como la CPS y la ENADID muestran un cambio congruente con la visión general de la reestructuración y la migración interna. Las regiones más golpeadas por la reestructuración han sido las que más han aumentado su participación en la emigración, aunque la Frontera Norte, donde crece marcadamente el empleo y la inmigración del sur, también aumenta marcadamente su expulsión hacia los Estados Unidos.

III. La movilidad social

A. La desigualdad en el logro ocupacional según género y clase: movilidad intergeneracional al primer empleo por clase, género y edad

Las tesis centrales de este texto son que se ha producido en México: una “maduración” relativa del sistema urbano, que ya abarca a la mayor parte de sus habitantes, con contribuciones cada vez menores de la migración rural y mayores de los migrantes de origen urbano; un proceso largo de crisis y reestructuración con varias etapas, que estancó la generación de empleo y amplió la brecha entre empleo y población demandante de empleo; una reducción en el papel del Estado como promotor de la movilidad social, tanto en su papel de empleador directo como indirectamente, a través de los subsidios a la educación media y alta, y a través de la reducción de los salarios, que disminuye las posibilidades de extraer mano de obra familiar del trabajo para educarla; y un proceso largo pero en aceleración a partir de 1982 de aumento en la participación de las mujeres en el empleo.

En esta sección se establece hasta qué punto y de qué manera se han producido cambios en la participación laboral de hombres y mujeres, y en sus logros ocupacionales. ¿Hay cambio en la desigualdad de clase, de género y en el privilegio que tradicionalmente significó la ubicación en una gran metrópolis, tanto por nacimiento como por migración?

Para este fin se analiza en esta sección una de las bases principales del proyecto “Género, edad, familia y trabajo”, dirigido por el autor. Se trata de una encuesta amplia y estadísticamente confiable, aplicada a 11,800 hogares de 6 ciudades en los que respondieron 25,000 personas mayores de 18 años a una cédula que inquiría sobre su historia migratoria, educativa, laboral y familiar, a partir de sus antecedentes en estos mismos aspectos en la generación previa a la del entrevistado. La encuesta se agregó, en forma de módulos, a la encuesta sobre empleo (ENEU) que el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, realiza de manera continua en 37 ciudades mexicanas. En esta encuesta se tuvo cuidado de evadir los sesgos pro-masculinos de las encuestas clásicas de movilidad social. Los detalles de su diseño y de sus resultados pueden encontrarse en (Escobar, 1996).

Se dividió la muestra en dos grandes grupos, con un corte en los 35 años de edad en el momento de la encuesta (1994), con el fin de saber si hay cambio en las diferencias entre los hombres y mujeres mayores y los más jóvenes. Aunque este procedimiento podría conducir a errores (la “reconstrucción” diferencial del pasado según la edad), provee una buena base de comparación entre los miembros de dos generaciones urbanas mexicanas.² Así se puede saber si se ha operado un cambio en la desigualdad de género en cuanto a oportunidades ocupacionales.

La primera parte de este análisis se refiere a los primeros empleos de hombres y mujeres originados en todas las clases sociales urbanas. Se trata entonces de la movilidad del empleo del responsable económico del hogar en la niñez de ego al primer empleo de ego. El cuadro expone los resultados de este análisis en términos de la desigualdad de oportunidades por clase y género en dos grandes grupos de edad. Los resultados se expresan en razones de momios (el momio es la razón de la probabilidad de ocurrencia de un evento sobre la probabilidad de falta de ocurrencia del mismo, o $p/1-p$) de los logros ocupacionales de distintas categorías de individuos (formuladas según edad, clase de origen y género) porque con este procedimiento se controla el cambio histórico en las probabilidades simples de alcanzar un cierto nivel ocupacional. Es decir, mientras que en 1950-70 se estaba expandiendo con gran rapidez el conjunto de los estratos no manuales y por lo tanto era probable acceder a ellos a pesar de no tener antecedentes ahí (las ocupaciones se expandían más rápidamente que la tasa de reproducción o crecimiento natural de esa clase), en los años ochenta y noventa suceden dos cosas: 1) esas ocupaciones no se expanden y por lo tanto hay una menor probabilidad “estructural” de acceso (este estrato se podría llenar con los hijos de personas que ya están ahí); 2) el tamaño de los contingentes que ingresan al mercado laboral llega a su clímax. Pero para saber si, además de que esta probabilidad estructural ha descendido, ha cambiado *la desigualdad de acceso*, es necesario obtener la razón de probabilidades (los momios) de los hijos de personas de clases distintas. En un escenario de desigualdad social constante, este índice debería permanecer constante, independientemente de que la cantidad bruta o relativa de estas posiciones varíe. Su cambio denota un cambio en la apertura o cerrazón social -en la fluidez de la estructura- no el simple cambio en la cantidad de posiciones que se abren o no. El Cuadro 1 muestra estos momios para los hombres y mujeres entrevistados en la encuesta.

El cuadro muestra que, en un lapso de aproximadamente 20 años, en las ciudades mexicanas sucedió lo siguiente:

² El mejor procedimiento sociológico establecido para definir este cambio es el de estudios de paneles. Este estudio no fue así y por lo tanto está sujeto al error mencionado, es decir la reconstrucción variable de los eventos conforme avanza la distancia temporal entre los mismos y el momento de la entrevista.

CUADRO 1
MOVILIDAD INTERGENERACIONAL
DESIGUALDAD EN LOGROS OCUPACIONALES EN MÉXICO URBANO

(Movilidad de la ocupación de referencia^a a la primera ocupación)

Momios: alcanzar/no alcanzar la categoría (clase) más alta (Clase I)						
Clase de referencia	Hombres	Hombres	Mujeres	Mujeres	Razón momios masc/fem	
	35+	-35	35+	-35	(más de 1 = ventaja masc.)	
					35+	35
I	0.335	0.125	0.041	0.115	8.257	1.087
II	0.066	0.041	0.006	0.027	10.950	1.520
III	0.019	0.013	0.017	0.018	1.120	0.722
IV	0.013	0.011	0.006	0.003	2.182	3.696
V	0.018	0.014	0.002	0.002	9.147	7.085
VI	0.014	0.014	0.005	0.019	2.826	0.737
VII	0.000	0.005	0.000	0.000		
Razones de momios l/otras						
	Hombres	Hombres	Mujeres	Mujeres		
	35+	-35	+35	-35		
I/I	1.000	1.000	1.000	1.000		
I/II	5.070	3.077	6.723	4.302		
I/III	17.302	9.480	2.347	6.264		
I/IV	25.442	11.226	6.723	38.161		
I/V	18.282	8.794	20.251	57.300		
I/VI	23.602	8.794	8.076	5.929		
I/VII	-	24.847	-	-		

Descripción de los estratos o clases

I = Profesionales,

II=Técnicos y empleados

III=Pequeños patronos y trabs. Autoempleados no profesionales

IV=Trabajadores capacitados de industria y trabs. Formales de servicios

V=Trabajadores no cap.de industria y trabs. informales de servicios

VI=Ejidatarios y peq. prop. rurales

VII=jornaleros

Fuente: Encuesta CIESAS-INEGI en seis ciudades mexicanas, 1994.

^a La ocupación de referencia es la ocupación de la persona que mantenía a ego cuando este tenía 14 años de edad (su padre, su madre o alguna otra persona).

- Un gran descenso en la capacidad de heredar el privilegio de la clase I entre los hombres (descenso del momio de acceso de 0.335 a 0.125, o una reducción de aproximadamente el 65% entre los dos grupos de edad).
- Un descenso menor que el anterior en la probabilidad de ascenso entre los hombres de otras clases.
- Mejoría en la capacidad de heredar una situación privilegiada a las mujeres.
- Mejoría femenina en el momio de ascenso (las jóvenes tienen más probabilidades de ascender que las mayores).
- Descenso en la desigualdad de logros ocupacionales según género, en que las oportunidades se emparejan muy notablemente (la ventaja masculina baja de 8.2 veces el momio femenino a 1.08 en los hijos de la clase I, de 10.9 a 1.52 en los hijos de la clase II, etc.), excepto entre los hijos e hijas de trabajadores (as) manuales calificados y trabajadores (as) formales de los servicios (categorías IV y V).

- Caída de la desigualdad de clase entre los hombres (producto de la caída de la capacidad de heredar vs. un menor cambio de la probabilidad de ascender).
- Un descenso en la desigualdad de logros por género en los hijos de las clases I y II, *pero* un aumento de la ventaja de las primeras respecto de todas las demás (III a VI). Este cambio es extremadamente interesante, y puede reflejar 1) el cambio en las prácticas reproductivas entre la clase media (I y II), desde los años sesenta y setenta, lo que hizo que disminuyera el número de hijos y con esto fuera más fácil educar a las mujeres tanto como a los hombres, cosa que sucede hasta fines de los años ochenta en la clase trabajadora; 2) cambio en la percepción de la necesidad de una profesión entre las hijas, no por “justicia”, sino por razones de mercado y subsistencia; 3) un cambio estrictamente cultural entre la clase media y profesional y, por último, 4) un cambio en las políticas patronales de empleo según género.

Estos resultados deben matizarse por dos razones. La primera es que el estancamiento del mercado de trabajo puede haber llevado a una movilidad social de velocidad más lenta, en que la capacidad de heredar la clase alta se manifiesta no en los primeros empleos de la mitad joven de la muestra, sino posteriormente³, es decir, que los primeros empleos dan una buena imagen de las posibilidades de logro de la primera cohorte, pero no de la segunda. Sin embargo, no se puede hacer el cálculo con ocupaciones posteriores, porque esto introduciría un efecto de cohorte. La segunda es que, aunque las mujeres logran acceder en proporciones cada vez más cercanas a las masculinas a ocupaciones altas, esto no significa que sus ingresos se acerquen a los masculinos. Otros estudios y fuentes (ENEU, en Escobar 1996 y Escobar, Agustín y Bryan R. Roberts, 1997) muestran que la brecha de ingresos por género se ha acentuado en los últimos 9 años. Mientras que la brecha en logros ocupacionales se cierra, la brecha en ingresos se abre. Esto indica un proceso típico de la reestructuración laboral, que consiste en el reemplazo de trabajadores caros por baratos igualmente calificados, en este caso mujeres.

A pesar de lo anterior, el emparejamiento en las oportunidades por género es fuerte y significativo, tanto más cuanto que ambos géneros compiten por las mismas posiciones en una época en que éstas escasean. En otras palabras, hay más hombres que compiten con mujeres, o como suele suceder en los procesos de cambio de mercados de trabajo, en este período relativamente corto hay nichos ocupacionales enteros que pasan de emplear trabajadores de un tipo predominante a otro (el reemplazo de trabajadores negros sindicalizados por inmigrantes mexicanos o asiáticos en fábricas del sector competitivo en EE.UU. y en puestos bajos pero formales del sector terciario ha sido documentado ampliamente). En un estudio del cambio en las profesiones estudiadas por hombres y mujeres en Guadalajara, se hizo patente que las mujeres jóvenes habían aumentado fuertemente en administración de empresas, contabilidad, ingeniería de sistemas y administración de sistemas, de menos del 20% en 1982 a más del 50% en 1989. Esto refleja cambios de mercado, y no sólo de preferencias vocacionales. Sin embargo, las profesiones femeninas, educación y psicología, persistían con ese carácter (Escobar, 1994).

Los resultados indican además que el mercado laboral urbano mexicano se acerca, en términos de desigualdad de género en el primer empleo, a las características de los europeos (Portocarrero, 1989). El hecho de que esto suceda en un contexto de creciente desempleo y mayor desigualdad salarial, tanto por ocupación como por género, por otra parte, indica que la igualdad de género es substancialmente distinta a la de clase, y que dicha igualdad puede ser producto de estrategias patronales (y gubernamentales) de flexibilización y abaratamiento de la mano de obra, más que de la “apertura” de las oportunidades sociales. Las oportunidades se abren relativamente para las mujeres, pero en contextos en los que pierden una buena parte de su valor, y la brecha existente entre las posiciones verdaderamente bien pagadas y las demás crece.

³ Me refiero, desde luego, a movilidad social, no laboral. Es sabido que ha aumentado la movilidad laboral, pero el cambio de una categoría ocupacional a otra significativamente superior o inferior puede ser más lento.

B. Movilidad intrageneracional por clase, edad y género

El segundo análisis que se examina aquí es el de la movilidad intrageneracional según género y cohorte. El primer análisis redujo las distorsiones derivadas de una comparación de dos cohortes que tienen una antigüedad diferente en el mercado de trabajo al hacer referencia al primer empleo. Pero, aunque las carreras de hombres y mujeres pueden diferir poco al inicio, se apartan con el tiempo. En pocas palabras, las mujeres toman empleos de “callejón sin salida”, lo que se agrava por su mayor intermitencia en el empleo, mientras que los hombres siguen carreras ascendentes. En el segundo cuadro de esta sección se analiza entonces cómo se compara la movilidad “de carrera” o intrageneracional de los hombres y las mujeres de las dos cohortes. No podemos comparar los logros de una y otra cohorte, porque esto favorece obviamente a la de mayor edad, pero sí se puede comparar la manera en que la brecha de género se ha comportado en ambas, para establecer hasta qué punto se ensancha o se reduce la brecha en los logros de hombres y mujeres.

Cuadro 2
**MOVILIDAD INTRAGENERACIONAL SEGÚN SEXO Y
DOS GRUPOS DE EDAD. MAYORES DE 35 AÑOS**

(Movilidad del primer empleo al actual)				
Momios de logro del status 1 según sexo y clase				
Momios de logro del status I en el empleo actual				
	Hombres Momio	Mujeres Momio		
I	1 933	2 322		
II	0 319	0 110		
III	0 070	0 028		
IV	0 072	0 015		
V	0 053	0 002		
VI	0 034	0 000		
Análisis por clase			Análisis por sexo	
	Hombres Razón momios	Mujeres Razón momios	Razón de momios masc./fem.(más de uno indica privilegio masculino)	
I/I	1 000	1 000	I	0 832
I/II	6 053	21 135	II	2 906
I/III	27 799	83 687	III	2 505
I/IV	26 911	152 495	IV	4 716
I/V	36 718	1158 807	V	26 263
I/VI	56 630	---	VI	---

Fuente: Encuesta CIESAS-INEGI en seis ciudades mexicanas, 1994.

El cuadro 2, referente a los mayores de 35 años, señala, por lo que toca a la desigualdad de clase, que el índice va, entre los hombres, de 6 a 56, mientras que entre las mujeres va de 21 a más de 1000. La desigualdad de clase según el origen de la carrera es pues mucho más marcada entre las mujeres. En segundo lugar, la desigualdad de género es favorable a las mujeres que inician su carrera en la clase I, mientras que es favorable a los hombres en todas las demás clases, y esta desigualdad a favor de los hombres se acrecienta entre las clases bajas al primer empleo. En otras palabras, las mujeres de clase baja tienen dos tipos de desigualdades en contra, mientras que las mujeres que arrancan su vida laboral en la clase I parecen gozar de ventajas tanto de género como de clase.

**MOVILIDAD INTRAGENERACIONAL SEGÚN SEXO Y
DOS GRUPOS DE EDAD. JÓVENES DE HASTA 35 AÑOS**

(Del primer empleo al actual)

**Momios de logro del status 1 según sexo y
clase en el empleo actual**

	Hombres Momio	Mujeres Momio		
I	3 758	3 566		
II	0 106	0 074		
III	0 070	0 012		
IV	0 026	0 024		
V	0 022	0 005		
VI	0 033	0 049		
Análisis por clase			Análisis por sexo	
	Hombres Razón momios	Mujeres Razón momios	Razón de momios masc./fem. Más de una indica ventaja masculina	
I/I	1 000	1 000	I	1 061
I/II	35 639	48 118	II	1 433
I/III	54 441	293 618	III	5 724
I/IV	147 603	151 486	IV	1 089
I/V	168 247	709 676	V	4 476
I/VI	114 487	72 311	VI	0 670

Fuente: Encuesta CIESAS-INEGI en seis ciudades mexicanas, 1994.

El segundo cuadro de movilidad intrageneracional, limitado a los jóvenes, muestra algunas diferencias. Sin embargo, conviene notar que, por su corta historia laboral, se espera dos diferencias de entrada, mismas que no reflejarían un cambio significativo. 1) Debe haber *más* desigualdad de clase, puesto que es más probable que las personas de este segundo cuadro se encuentren en sus empleos iniciales, o por lo menos en las clases iniciales de su empleo. 2) Debe haber *menos* desigualdad de género, porque la brecha de género que se abre a lo largo de la historia hábil de las personas está apenas en proceso. En términos generales, ambas cosas se observan.

¿Cuáles son entonces las constantes y las diferencias significativas? Por lo que toca a la desigualdad de clase, una vez más hay mayor desigualdad entre las mujeres que entre los hombres, lo que representaría una constante. Respecto de la desigualdad de género, las mujeres de clase I una vez más se hallan en casi paridad con los hombres (con una desventaja deleznable de 6%), pero a diferencia del cuadro anterior hay otras dos clases donde las mujeres se hallan en paridad (IV) o en ventaja (VI). La clase IV corresponde a los trabajadores formales calificados urbanos. Es posible que, en este segundo grupo de edad, la formalidad del sitio de trabajo implique reglas que reducen la brecha de género. Hay que notar que un grupo socialmente superior pero similar en su posición formal en el trabajo es el II, el de los técnicos profesionales (maestros, enfermeras y empleados de oficina), y entre ellos también hay una reducción de la brecha de género, aunque no llega a la paridad. Entre estos dos grupos de empleados y trabajadores formales se encuentra el III, que corresponde a pequeños patrones y autónomos, y entre ellos la brecha de género es muy grande. Puede sugerirse, a reserva de un análisis especial, que el desarrollo de contextos formales de empleo favorece la igualdad de los géneros (aunque hay análisis que señalan que ahí también operan burdas y sutiles formas de discriminación). Queda por *aventurar* una explicación de la brecha de género favorable a las mujeres que se originan en el estrato VI. Aunque son pocos los casos, es difícil creer que una mujer transite en unos pocos años de un puesto de la agricultura a la clase urbana I. Pero tanto la revisión detallada de los hallazgos de esta encuesta en las tres ciudades

medias como un conjunto de estudios de caso de mujeres empresarias (Serna, 2000) han encontrado que una parte significativa de las pequeñas empresarias de estas ciudades son hijas de agricultores prósperos de la región, que primero las envían a estudiar a esas ciudades y después les dan recursos para establecer un negocio propio. Tanto una como otra cosa desembocarían en una ruta rápidamente ascendente. En un análisis más detallado, en el que la clase VI se descompone por una parte en propietarios y ejidatarios rurales, y por otra en trabajadores y aparceros, se observa que estas mujeres provienen efectivamente de la primera.

En suma, la desigualdad de acceso a la clase I, analizada sobre todo por género, muestra cambios y constantes importantes. Las constantes se encuentran en la relativa igualdad de género en los hijos de la clase I, y en la mucho mayor desigualdad de clase en las mujeres. Los cambios también son importantes: 1) la brecha de género disminuye en la mayor parte de las clases sociales, con la excepción de los hijos de los pequeños empresarios y autoempleados no profesionales; 2) el estancamiento de la estructura ocupacional afecta más a los hombres que a las mujeres (lo que se relaciona con la pérdida de privilegios masculinos tanto inter como intrageneracionales frente a las mujeres).

C. La desigualdad en la movilidad social migrante – nativo

En un reconocido estudio de la migración y la desigualdad social en la Ciudad de México en 1972, (Muñoz, Oliveira y Stern, 1977) encontraron algunas tendencias generales cuya validez o cambio conviene establecer para los años noventa. En primer lugar, las distribuciones ocupacionales de origen de migrantes y nativos eran sustancialmente diferentes, puesto que la mayoría de los inmigrantes provenía del sector agropecuario. Esto daba como consecuencia natural que la movilidad ascendente total de los inmigrantes fuera mayor que la de los nativos, puesto que muchos nativos no cambiaban de posición y en algunos casos la empeoraban, mientras que casi todos los inmigrantes ascendían en la escala ocupacional. Sin embargo, estos autores encontraron también que la *exposición*, es decir, la antigüedad en la ciudad del estudio, era determinante, y que los inmigrantes con mayor exposición tenían logros ocupacionales y salariales mayores que los nativos. En otras palabras, no sólo habían superado su desventaja inicial expresada en su origen rural, sino que superaban a los nativos que tenían antecedentes más favorables. Así, mientras que las conclusiones generales del análisis de movilidad social mostraban una gran desigualdad y escasos niveles de movilidad “circular”, el caso de los migrantes sobresalía por la frecuencia con que superaban a los nativos. En esta sección realizamos un análisis sobre el mismo problema. No se trata de un análisis comparable, porque aquí el análisis se enfoca sobre la misma clase de referencia que en los cuadros precedentes (la clase I), según nuestra propia clasificación, no mencionaremos los niveles salariales y, por último, se incluirán mujeres, que estuvieron ausentes en el análisis de 1972.

Como se observó en las secciones anteriores, hay dos cambios sustanciales en la migración interna durante los últimos 20 años. En primer lugar, la migración interna se invierte y se vuelve “centrífuga”, con lo cual las ciudades más dinámicas son hoy ciudades medias y ciudades entre los 500,000 y 1,000,000 de habitantes. En segundo lugar, los orígenes de los migrantes se vuelven urbanos. Por una parte, el simple peso proporcional de las ciudades (aproximadamente un 75% hoy) convierte a la mayor parte de los flujos en interurbanos. Por la otra, parece que la población que está respondiendo más oportuna y exitosamente a la “movilidad geográfica de las oportunidades” representada por la nueva geografía económica mexicana es la urbana. El perfil pre-migratorio de los migrantes cambia consecuentemente, como se observó en capítulos anteriores. Crecientemente, sus ocupaciones de referencia son más similares a las de los nativos.

En los estudios del período anterior (ISI), resultaba relativamente obvio que los inmigrantes, casi todos de origen rural, tuvieran una probabilidad cercana a 1 de manifestar movilidad ascendente, por su perfil rural. Hoy, esa probabilidad (la del paso de la agricultura a cualquier otra ocupación) se reduce al cambiar el perfil ocupacional de sus padres o responsables económicos. Pero lo que no era obvio y sí resultó un hallazgo extremadamente significativo, fue que los migrantes igualaban y superaban los logros de los nativos al prolongar su tiempo de residencia en la ciudad analizada (la Ciudad de México).

Con esos antecedentes, aquí se exponen los resultados del análisis de 1994. Este análisis se hace en los mismos términos que los anteriores. En primer lugar, el análisis se centra en el logro de la clase I. En segundo lugar, se controla la edad en dos grupos. La hipótesis es muy simple. Si la migración se vuelve un fenómeno generalizado y urbano – urbano, podemos pensar que las oportunidades de nativos y migrantes deben igualarse. Esto ocurriría porque los migrantes dejarían de ser un grupo selecto. Simplemente serían personas que encontraron oportunidades de empleo en lugares distintos a los de su nacimiento. Los no-migrantes serían, de la misma manera, personas que encontraron empleo en sus ciudades de origen (incluso, posiblemente, después de migrar a otra ciudad), pero que estarían dispuestos a migrar si fuera necesario. Por el contrario, si el status migratorio todavía denota selectividad (no en términos de sus antecedentes de clase o su capital humano, sino en términos de un conjunto de cualidades que marcan a los migrantes), la urbanización de los orígenes de los migrantes debería reforzar la brecha en las oportunidades de logro a su favor. En el primer caso estaríamos frente a una sociedad donde la movilidad geográfica sería una más de las herramientas de la vida laboral. En el segundo, ante una sociedad dividida entre los “buscadores de oportunidades” y los otros.

En el cuadro 4 se comparan los logros de nativos y migrantes hasta la ocupación actual (sin controlar edad). En general se observa que la desigualdad en el logro de la clase I según origen es menor entre los nativos. Es decir, los logros de los migrantes están más condicionados por su clase de origen. En segundo lugar, los migrantes tienen en general mayores probabilidades de lograr la clase I que los nativos. Sólo los nativos provenientes de las clases III y VI tienen más probabilidades de llegar a la clase I. Lo más probable es que los nativos de clase VI sean en realidad migrantes pasivos, es decir, hijos de hogares agrícolas que fueron gradualmente incorporados por las manchas urbanas. Ellos, entonces, gozaron de una socialización y una escolaridad urbanas a pesar de su origen. Es posible que por eso estén en ventaja sobre otros hijos de campesinos o agricultores. Hasta aquí, entonces, nuestros resultados son similares a los del análisis de la Ciudad de México de 1972. Este cuadro, desde luego, presenta el resultado conjunto de procesos *inter e intrageneracionales*, así como las probabilidades seguramente diferenciales de los mayores y los menores de 35 años.

Los siguientes dos cuadros comparan los logros intergeneracionales de nativos y migrantes mayores y jóvenes hasta su primer empleo, para reducir el efecto de carrera sobre el análisis. Entre los de mayor edad, los resultados son mixtos: los nativos originarios de las clases I, III, V y VI tienen una ventaja sobre los migrantes, particularmente notoria en los de clase I.

Entre los jóvenes, el resultado es más mixto aún: los nativos de clase III, IV y V muestran ventaja respecto de los migrantes, mientras que los migrantes se adelantan en las demás categorías.

Cuadro 4
MIGRACIÓN: MOVILIDAD INTERGENERACIONAL AL
EMPLEO ACTUAL

Momios de logro del Status 1 según origen migratorio y clase

	Nativos Momio	Migrantes Momio		
I	0 376	0 490		
II	0 131	0 218		
III	0 076	0 074		
IV	0 047	0 053		
V	0 038	0 040		
VI	0 058	0 049		
Análisis por clase			Análisis por status migratorio	
	Razón momio nativos	Razón momio migrantes	Razón momios nat/mig (más de uno indica ventaja nativo)	
I/I	1 000	1 000	I	0 766
I/II	2 862	2 249	II	0 602
I/III	4 913	6 616	III	1 031
I/IV	7 969	9 316	IV	0 895
I/V	9 774	12 413	V	0 973
I/VI	6 452	9 942	VI	1 180

Fuente: Encuesta CIESAS-INEGI en seis ciudades mexicanas, 1994.

Cuadro 5
MOVILIDAD INTERGENERACIONAL

Momios de logro de la clase I según origen migratorio y clase. Total

	Nativos Momio	Migrantes Momio		
I	0 185	0 072		
II	0 045	0 046		
III	0 029	0 013		
IV	0 012	0 017		
V	0 012	0 006		
VI	0 010	0 007		
Análisis por clase			Análisis por status migratorio	
	Razón momio nativos	Razón momio migrantes	Razón momios nat/mig (más de uno indica ventaja nativa)	
I/I	1 000	1 000	I	2 574
I/II	4 114	1 560	II	0 976
I/III	6 416	5 452	III	2 187
I/IV	15 218	4 152	IV	0 702
I/V	15 218	11 879	V	2 012
I/VI	18 299	10 187	VI	1 433

Fuente: Encuesta CIESAS-INEGI en seis ciudades mexicanas, 1994.

MOVILIDAD INTERGENERACIONAL**Momios de logro de la clase I según origen migratorio y clase. Jóvenes****Momio de logro del status I en el empleo inicial**

	Nativos Momio	Migrantes Momio			
I	0 111	0 134			
II	0 033	0 041			
III	0 022	0 012			
IV	0 012	0 006			
V	0 008	0 005			
VI	0 011	0 014			
Análisis por clase			Análisis por status migratorio		
	Razón momio nativos	Razón momio migrantes	Razón momios nat/mig (más de uno indica ventaja nativa)		
I/I	1 000	1 000	I	0 847	0 831
I/II	3 361	3 297	II	0 821	0 815
I/III	4 939	11 015	III	1 833	1 852
I/IV	9 148	22 164	IV	2 000	2 012
I/V	13 778	26 624	V	1 600	1 605
I/VI	9 990	9 422	VI	0 786	0 783

Fuente: Encuesta CIESAS-INEGI en seis ciudades mexicanas, 1994.

Al analizar las chances de logro al interior de cada categoría (el análisis según clase de origen de las categorías migrante y nativo por separado) y se comparan los logros de los nativos viejos contra los de los jóvenes, se observa que los de mayor edad tuvieron en general mayores probabilidades de logro de la clase I en su primer empleo que los jóvenes, excepto los de clase IV y VI. Entre los migrantes, sucede algo parecido: cuatro categorías bajan sus logros al primer empleo (II, III, IV, V), y los aumentan cuando se trata de individuos provenientes de I y de VI. Ambas tendencias negativas son consistentes con el descenso en la expansión de los empleos medios y altos particularmente acentuado a partir de 1982, pero parece más importante hacer notar que este empeoramiento de los logros NO es generalizado. Es de hacerse notar que, contrariamente a lo que se puede suponer dado que el PIB agrícola ha perdido terreno y que los niveles de pobreza rurales han empeorado más que los urbanos, las probabilidades de logro de los hijos de campesinos y agricultores han mejorado con el tiempo.

El último análisis intergeneracional según migración es el de la evolución de la brecha en las oportunidades de nativos y migrantes. Como puede colegirse al comparar los descensos relativos que ocurren en las chances de logro de status I, y constatar que este empeoramiento es en general mayor entre los nativos, se observa que la brecha en los logros (que ya favorecía a los migrantes en la mayor parte de las categorías) se vuelve aún más favorable a éstos en el grupo de menor edad. Sólo entre los originarios de la clase IV se observa un cambio favorable a los nativos, mientras que en todas las demás los migrantes aumentan su ventaja o revierten su desventaja previa.

Cuadro 7

MOVILIDAD INTERGENERACIONAL. CAMBIO EN LOS MOMIOS DE LOGRO DE LOS MIGRANTES Y NATIVOS AL PRIMER EMPLEO

(Más de una indica ventaja de los mayores)

Clase de origen	NATIVOS	MIGRANTES
	Razones de momios mayores/jóvenes	Razones de momios mayores/jóvenes
I	1.664	0.537
II	1.359	1.100
III	1.280	1.080
IV	1.000	2.860
V	1.506	1.200
VI	0.908	0.496

Fuente: Encuesta CIESAS-INEGI en seis ciudades mexicanas, 1994.

Lo anterior concierne al análisis intergeneracional. Los hallazgos de los años setenta, sin embargo, señalaban mayores logros ocupacionales y salariales de los migrantes por su movilidad intrageneracional, es decir, como fruto de su carrera individual. El análisis de la movilidad intrageneracional por la clase del primer empleo indica que la desigualdad de clase era muy similar entre los nativos y los migrantes viejos pero que entre los jóvenes hay más desigualdad entre los migrantes. El análisis de esta movilidad por status migratorio, por su parte, indica que entre los mayores había una ligera ventaja nativa *ligera* en las clases de origen I, IV, y V, una ventaja *fuerte* también nativa en las clases del primer empleo III y VI, y que los migrantes sólo se hallaban en ventaja cuando su primer empleo era de clase II. Hay un cambio mayúsculo de los mayores a los jóvenes. Entre estos últimos, los migrantes tienen mayores logros que los nativos en todas las categorías, excepto en la V. Esa ventaja es fuerte en tres categorías de primer empleo.

Cuadro 8

MOVILIDAD INTRAGENERACIONAL SEGÚN ORIGEN MIGRATORIO MAYORES DE 35 AÑOS

	NATIVOS	MIGRANTES		
	Momio	Momio		
I	0 631	0 595		
II	0 235	0 311		
III	0 096	0 075		
IV	0 062	0 059		
V	0 043	0 042		
VI	0 082	0 040		
Análisis por clase			Análisis por status migratorio	
	Razón momio nativos	Razón momio migrantes	Razón momio nat/mig (más de 1=privilegio nativo)	
"I/I"	1 000	1 000	I	1 061
"I/II"	2 691	1 915	II	0 755
"I/III"	6 543	7 904	III	1 282
"I/IV"	10 254	10 028	IV	1 038
"I/V"	14 767	14 278	V	1 026
"I/VI"	7 676	15 060	VI	2 082

Fuente: Encuesta CIESAS-INEGI en seis ciudades mexicanas, 1994.

**MOVILIDAD INTRAGENERACIONAL MOMIOS DE LOGRO DE LA CLASE I
SEGÚN ORIGEN MIGRATORIO. JÓVENES**

Movilidad de la primera ocupación a la actual				
Clase de referencia	Nativos Momios	Migrantes Momios	Análisis por status migratorio (más de 1=privilegio nativo)	
I	0.259	0.401	I	0.648
II	0.093	0.139	II	0.669
III	0.062	0.073	III	0.844
IV	0.042	0.047	IV	0.884
V	0.036	0.036	V	1.000
VI	0.035	0.067	VI	0.523
Análisis por clase				
	Nativos	Migrantes		
"I/I"	1 000	1 000		
"I/II"	2 793	2 883		
"I/III"	4 214	5 490		
"I/IV"	6 227	8 501		
"I/V"	7 153	11 004		
"I/VI"	7 371	5 958		

Fuente: Encuesta CIESAS-INEGI en seis ciudades mexicanas, 1994.

Nuestros hallazgos coinciden sólo parcialmente con los del estudio de (Muñoz, Oliveira y Stern, 1977), por cuanto que los logros de nuestro grupo de mayor edad no muestran la notable ventaja para los migrantes (con largos períodos de exposición local) que ellos encontraron, sobre todo en la movilidad intrageneracional. Hay varias posibles explicaciones, mismas que deben explorarse en análisis ulteriores. En primer lugar, la mayor parte de los pertenecientes a nuestro grupo de mayor edad entraron al mercado de trabajo después de 1972, el año de su encuesta. Es posible que las condiciones de ingreso al mercado de trabajo urbano se hayan deteriorado para los migrantes después de esa fecha (recuérdese que el crecimiento del empleo urbano perdió dinamismo gradualmente durante toda la década de los años setenta). En segundo lugar, la diferencia puede explicarse por características locales. Nuestra muestra de la Ciudad de México sólo abarca el 25% de la muestra total.

A pesar de lo anterior, sin embargo, el análisis recién expuesto muestra que la migración sí importa en la definición de las probabilidades de logro, y que las desigualdades por status migratorio son claramente favorables a los migrantes, tal como lo encontraron Muñoz *et al.*, en el grupo de menor edad.

Es importante hacer notar que las brechas de oportunidades de género y de status migratorio son sustancialmente diferentes. Mientras que la primera sigue siendo fundamental y favorable a los hombres en todas las clases de origen excepto la I, la segunda muestra variaciones que parecen responder a los cambios históricos en el dinamismo del empleo urbano y a la generalización de la migración urbana-urbana.

En síntesis, se ha observado en México 1) un empeoramiento de la capacidad de lograr la clase I de naturaleza general; 2) un aumento muy significativo de las tasas de participación de las mujeres, primero entre los estratos medios (hasta 1978-80) y después generalizado, que casi ha duplicado los niveles de 1980; 3) el estancamiento en el crecimiento de los puestos y las posiciones medias y altas; 4) una tendencia de largo plazo de menor desigualdad en el logro ocupacional o de clase entre los hombres, e igual o mayor entre las mujeres; 5) la reducción de la brecha de género

en logros ocupacionales al inicio de la carrera laboral, aunque los hombres aún tienen una carrera marcadamente más ascendente que las mujeres; 6) una creciente ventaja de los migrantes respecto de los nativos al primer empleo, y una inversión de su desventaja en movilidad intrageneracional; 7) una tendencia hacia la informalidad e inestabilidad laborales,⁴ de índole general, y 8) el crecimiento de la brecha de ingresos por género y ocupación.⁵

⁴ Cortés, en estudios en curso, muestra que hacia 1992-94 se detiene y revierte la tendencia hacia la informalización que se había observado desde 1975 y particularmente 1982. Sin embargo, éste es un período extremadamente breve, y el cambio es pequeño, por lo cual no parece que cancele la tendencia de más largo plazo que la antecede (1978-92) y la sucede (1995-6).

⁵ En otro texto (Roberts y Escobar, 1997), se muestra que los ingresos del percentil 40 de los trabajadores urbanos mexicanos aumentan muy ligeramente de 1987 a 1994, mientras que los del percentil 90 aumentan mucho más; entre las mujeres las tendencias son las mismas, salvo que muestran menores aumentos en general, y mayor homogeneidad en este aumento en distintas ciudades.

Bibliografía

- Arias, Patricia (1991), *Nueva rusticidad mexicana*, México, D.F.: CONACULTA.
- Arizpe, Lourdes (1978), *Migración, etnicismo y cambio económico (un estudio sobre migrantes campesinos a la Ciudad de México)*, México D.F.: El Colegio de México.
- ___ (1975), *Indígenas en la Ciudad de México: el caso de las Marias* México D.F.: Sepsetentas.
- Arroyo, Alejandro Jesús (1980), "Migración y formación de mercados de trabajo en México y en Jalisco", *Revista Jalisco*, 3, pp. 27-38.
- Arroyo, Jesús y Jean Papail (1996), *Migraciones internacionales y desarrollo regional en Jalisco*, Guadalajara: Edug.
- Banco de México (1988), *Informe anual 1987*. México D.F.
- BDI (1994), *Banco de Datos del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática*. Agosto (on-line).
- Bean, Frank D. *et al.* (1990), "Post-IRCA Changes in the Volume and Composition of Undocumented Migration to the United States: An Assessment Based on Apprehensions Data." Pp. 111-158 en J.S. Passel, F.D. Bean, and B. Edmonston (Comps.), *Undocumented Migration to the United States: IRCA and the Experience of the 1980s*. Washington, D.C.: The Urban Institute Press.
- Brannon, J. and G.W. Lucker (1989), "Impact of Mexico's Economic Crisis on the Workforce of the Maquiladora Industry", *Journal of Borderlands Studies IV* (1).
- Bueno, Carmen (1993), *Flor de andamio: los oficios en la industria de la construcción en la Ciudad de México*. Tesis de doctorado, Universidad Iberoamericana.

- Carrillo, Jorge (1991), *Mercados de trabajo en la industria maquiladora de exportación, Síntesis del reporte de investigación*. México: Secretaría del Trabajo y Previsión Social/El Colegio de la Frontera Norte.
- ___ (1989), "Transformaciones en la industria maquiladora de exportación", En B. González Aréchiga y R. Barajas Escamilla (Comps.), *Las maquiladoras: ajuste estructural y desarrollo regional*. México: COLEF / F. Friedrich Ebert.
- Carrillo, Jorge and Jorge Santibáñez (1993), "Determinantes de la rotación de personal en las maquiladoras de Tijuana." Mimeo, Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Carrillo, Jorge and Alfredo Hualde (1992), "Mercados internos de trabajo ante la flexibilidad: análisis de las maquiladoras." Pp. 79-110 en *COLEF I. Industria maquiladora y mercados laborales. Vol. II Ciudad Juárez*: El Colegio de la Frontera Norte - Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Cerrutti, Marcela and Bryan Roberts (1994), "Entradas y salidas de la fuerza de trabajo: la intermitencia del empleo femenino en México", mimeo, Population Research Center, University of Texas at Austin.
- Corona, Rodolfo (2000), "Monto y uso de las remesas en México", en Tuirán, Rodolfo (coord.) *Migración México-Estados Unidos. Opciones de política*, México D.F., Secretaría de Gobernación, Secretaría de Relaciones Exteriores, Consejo Nacional de Población.
- ___ (1993), "Migración permanente interestatal e internacional, 1950-1990", *Comercio Exterior* 43(8): 749-761.
- Cordera, Rolando and E. González Tiburcio (1991), "Crisis and Transition in the Mexican Economy" Pp. 19-56, en M. González de la Rocha and A. Escobar Latapí (Eds.) *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980's* La Jolla: Center for U.S. - Mexican Studies, U. C. San Diego.
- Cornelius, Wayne A. (1989), "The U.S. Demand for Mexican Labor" Pp. 25-48 en W. A. Cornelius and J. A. Bustamante (eds.), *Mexican Migration to the United States: Origins, Consequences and Policy Options*. La Jolla: Bilateral Commission on the Future of United States-Mexican Relations, Center for U.S. - Mexican Studies, University of California - San Diego.
- Cortés, Fernando (1994), "La evolución en la desigualdad del ingreso familiar durante la década de los ochenta." Mimeo, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.
- ___ y Rosa María Rubalcava (1991), *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento: la distribución del ingreso familiar en México (1977-1984)*, Serie Jornadas. México D.F.: El Colegio de México.
- Díez-Canedo Ruiz (1984), *La migración indocumentada de México a los EE.UU. Un nuevo enfoque*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Escobar Latapí, Agustín (1996), "Restructuring, social inequality and State action in México", ponencia presentada en First Conference of the Andrew W. Mellon Programs in Latin American Sociology, Variations in societal adjustment in a period of neo-liberal economic policies in Latin America, Universidad de Texas en Austin, 26-27 de abril.
- ___ (1995), "Reestructuración, movilidad y clases sociales", *Estudios Sociológicos*. Vol. 38: pp. 231-259.
- ___ (1994), "Las grandes organizaciones de servicios y la región", en Ávila Palafox, Ricardo (Comp.) *El occidente mexicano en el tiempo: aproximaciones a su definición cultural*, Universidad de Guadalajara.
- ___ (1993), "The Connection at its Source: Socioeconomic Conditions and Migration Patterns." Pp. 66-81 in A. Lowenthal and K. Burgess (eds.), *The California Mexico Connection*. Stanford: Stanford University Press.
- ___ (1988), "The Rise and Fall of an Urban Labour Market: Economic Crisis and the Fate of Small Workshops in Guadalajara, Mexico", *Bulletin of Latin American Research*. 7 (2): 183-205.
- ___ (1986), *Con el sudor de tu frente. Mercado de trabajo y clase obrera en Guadalajara: Guadalajara: El Colegio de Jalisco*.
- Escobar Latapí, Agustín y Bryan R. Roberts (1997), "Mexican Social and Economic Policy and Emigration" en Bean, Frank D., Rodolfo de la Garza, Bryan R. Roberts y Sydney Weintraub *At the Crossroads, Mexico and U.S. Immigration Policy*, Washington: Rowman and Littlefield.
- Escobar Latapí, Agustín y María de la O Martínez (1991), "Small-Scale Industry and International Migration in Guadalajara, Mexico", en Díaz- Briquets, Sergio y Sydney Weintraub *Migration, Remittances and Small Business Development in Mexico and the Caribbean Countries*, Boulder, Westview, *Series on Migration and International Development in Mexico and the Caribbean Basin*.
- Escobar Latapí, Agustín and Mercedes González de la Rocha. (1995), "Crisis, Restructuring and Urban Poverty in Mexico", *Environment and Urbanization*. 7(1), April: 57-75.

- Escobar Latapí, Agustín, Mercedes González de la Rocha and Bryan Roberts (1987), "Migration, Labour Markets and the International Economy: Jalisco, Mexico and the United States." Pp. 42-64 en J. Eades (ed.), *Migrants, Workers and the Social Order*. Londres: Tavistock (ASA Monographs 26).
- Fernández Kelly, Patricia (1983), *For We Are Sold, I and My People. Women and Industry on Mexico's Frontier*. New York: State University of New York.
- García, Brigida and Orlandina de Oliveira (1994), *Trabajo y vida familiar en México*, México D.F.: El Colegio de México.
- Garza, Gustavo (1992), "Crisis del sector servicios en la Cd. de México." *Paper delivered at the Conference Sociodemographic Effects of the Mexican Economic Crisis* Austin, Texas: Abril.
- _____(1985), "Dinámica industrial y perspectivas de descentralización", *Diálogos* 21(11).
- _____(1980), *Industrialización de las principales ciudades de México*. México: El Colegio de México.
- Gitli, Eduardo (1990), "México: notas para un balance de la política comercial del sexenio 1983 - 1988." Pp. 13-46 in E. Gitli (ed.), *Estudios sobre el sector externo mexicano*. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Goldthorpe, John H. et al (1987), *Social Mobility and Class Structure in Modern Britain*. Oxford: Clarendon Press.
- González de la Rocha, Mercedes (1988), "Economic Crisis, Domestic Reorganisation and Women's Work in Guadalajara, Mexico" *Bulletin of Latin American Research* 7(2) 207:223.
- _____(1986), *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco/SPP/CIESAS.
- González de la Rocha, Mercedes, Agustín Escobar Latapí, and Maria de la O Martínez (1990), "Estrategias versus conflicto: reflexiones para el estudio del grupo doméstico en época de crisis" Pp. 351-367 en De la Peña, Guillermo et al., *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*. Guadalajara: CIESAS - Universidad de Guadalajara.
- Gordillo, Gustavo (1994), "Tipología de los productores agrícolas de los ejidos y comunidades de México." Documento preparado para CEPAL, México D.F..
- Harvey, Neil (1994), *Rebellion in Chiapas*. La Jolla: Center for U.S.-Mexican Studies, University of California - San Diego (Mexican Agrarian Studies Series 5).
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática)(Varios años), *Encuesta nacional de ingresos y gastos de los hogares*. México y Aguascalientes: Autor.
- _____(1995), *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica, 1992*. CD-ROM Version. Aguascalientes: Autor.
- _____(1994), *Encuesta Nacional de Empleo Urbano*. Versión en diskette, varias fechas.
- _____(1992), *Áreas Metropolitanas de la República Mexicana, XI Censo General de Población y Vivienda. Resultados preliminares*. Mimeo, Aguascalientes: INEGI.
- _____(1990), *XI Censo Nacional de Población y Vivienda*, Tabulados preliminares por localidad.
- Iszaevich, Abraham (1988), "Migración campesina en el valle de Oaxaca" Pp. 187-200 en G. López Castro y S. Pardo (Comps.), *Migración en el Occidente de México*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Leyva, Xóchitl (1994), "Sociedad y cultura en la Selva Lacandona", Mimeo, San Cristóbal de las Casas, CIESAS Sureste.
- Lomnitz, Larissa (1977), *Networks and Marginality. Life in a Mexican Shanty Town*. New York: Academic Press.
- _____(1975), *Cómo sobreviven los marginados en la Ciudad de México*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Mummert, Gail (1991), "Desarrollo urbano-industrial y transformaciones socioeconómicas en el valle de Zacapu, Michoacán" Pp. 157-166 en G. López Castro (Comp.), *Urbanización y desarrollo en Michoacán*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Muñoz, Humberto y Orlandina de Oliveira (1989), "Concentration or Deconcentration? Mexico City and its Region." Pp. 37-56 en M. Edel and R. G. Hellman (Comps.), *Cities in Crisis. The Urban Challenge in the Americas*. New York: Bildner Center, City University of New York
- Muñoz, Humberto, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern (1977), "Diferencias socioeconómicas entre nativos y migrantes: Comparación entre las ciudades de Monterrey y México." Pp. 61-73 en H. Muñoz, O. de Oliveira and C. Stern (eds.), *Migración y desigualdad social en la Ciudad de México*. México: El Colegio de México.
- Portes, Alejandro, José Itzigsohn and Carlos Dore-Cabral (1994), "Urbanization in the Caribbean Basin: Social Change during the Years of the Crisis." *Latin American Research Review* 29(2):3-38.

- Portes, Alejandro y John Walton (1981), *Labor, Class and the International System* Nueva York, Academic Press, *Studies in Social Discontinuity*.
- Portocarero, Lucienne (1989), "Trends in Occupational Mobility: the Gender Gap in Sweden", *Acta Sociológica* (32), 4:359-374.
- Pozas, María de los Angeles (1993), *Industrial Restructuring in Mexico. Corporate Adaptation, Technological Innovation and Changing Patterns of Industrial Relations in Monterrey*, La Jolla, CA: Center for U.S. -Mexican Studies, U. of California - San Diego.
- Rendón, Teresa, and Carlos Salas (1993), "El empleo en México en los ochenta: tendencias y cambios" *Comercio Exterior* 43 (8): 719-731.
- Rodríguez, Hipólito (1996), *Movilidad social y espacio urbano en dos ciudades del Golfo de México*. Tesis de doctorado. Guadalajara: CIESAS Occidente.
- Serna, Guadalupe (2000), *Empresarias: mujeres, empresas, hogares, en dos ciudades medias de México*, Tesis de doctorado en ciencias sociales con especialidad en Antropología Social, Guadalajara, CIESAS Occidente.
- _____(1993), "Xalapa: crecimiento urbano, trabajo y economía." *Ciudades* 18: 30-37.
- Simón, Angélica (1994), *Persistencia y cambio cultural en un contexto urbano: Xalapa* CIESAS-U. de Veracruz.
- Wilson, Fiona (1991), *De la casa al taller*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Wilson, Patricia (1989), "The New *Maquiladoras*: Flexible Production in Low-Wage Regions" *Texas Papers on Mexico* 89 (01) Austin: The Mexican Center, University of Texas at Austin.
- Young, Gay (1986), "The Development of Ciudad Juárez: Urbanization, Migration, Industrialization." en G. Young (ed.) *The Social Ecology and Economic Development of Ciudad Juárez*. Boulder: Westview



NACIONES UNIDAS

**Serie****políticas sociales****Números publicados**

- 1 Andrés Necochea, La postcrisis: ¿una coyuntura favorable para la vivienda de los pobres? (LC/L.777), septiembre de 1993.
- 2 Ignacio Irarrázaval, El impacto redistributivo del gasto social: una revisión metodológica de estudios latinoamericanos (LC/L.812), enero de 1994.
- 3 Cristián Cox, Las políticas de los noventa para el sistema escolar (LC/L.815), febrero de 1994.
- 4 Aldo Solari, La desigualdad educativa: problemas y políticas (LC/L.851), agosto de 1994.
- 5 Ernesto Miranda, Cobertura, eficiencia y equidad en el área de salud en América Latina (LC/L.864), octubre de 1994.
- 6 Gastón Labadie y otros, Instituciones de asistencia médica colectiva en el Uruguay: regulación y desempeño (LC/L.867), diciembre de 1994.
- 7 María Herminia Tavares, Federalismo y políticas sociales (LC/L.898), mayo de 1995.
- 8 Ernesto Schiefelbein y otros, Calidad y equidad de la educación media en Chile: rezagos estructurales y criterios emergentes (LC/L.923), noviembre de 1995.
- 9 Pascual Gerstenfeld y otros, Variables extrapedagógicas y equidad en la educación media: hogar, subjetividad y cultura escolar (LC/L.924), diciembre de 1995.
- 10 John Durston y otros, Educación secundaria y oportunidades de empleo e ingreso en Chile (LC/L.925), diciembre de 1995.
- 11 Rolando Franco y otros, Viabilidad económica e institucional de la reforma educativa en Chile (LC/L.926), diciembre de 1995.
- 12 Jorge Katz y Ernesto Miranda, Reforma del sector salud, satisfacción del consumidor y contención de costos (LC/L.927), diciembre de 1995.
- 13 Ana Sojo, Reformas en la gestión de la salud pública en Chile (LC/L.933), marzo de 1996.
- 14 Gert Rosenthal y otros, Aspectos sociales de la integración, Volumen I, (LC/L.996), noviembre de 1996.
- 14 Eduardo Bascuñán y otros, Aspectos sociales de la integración, Volumen II, (LC/L.996/Add.1), diciembre de 1996.
- 14 Secretaría Permanente del Sistema Económico Latinoamericano (SELA) y Santiago González Cravino, Aspectos sociales de la integración, Volumen III, (LC/L.996/Add.2), diciembre de 1997.
- 14 Armando Di Filippo y otros, Aspectos sociales de la integración, Volumen IV, (LC/L.996/Add.3), diciembre de 1997.
- 15 Iván Jaramillo y otros, Las reformas sociales en acción: salud (LC/L.997), noviembre de 1996.
- 16 Amalia Anaya y otros, Las reformas sociales en acción: educación (LC/L.1000), diciembre de 1996.
- 17 Luis Maira y Sergio Molina, Las reformas sociales en acción: Experiencias ministeriales (LC/L.1025), mayo de 1997.
- 18 Gustavo Demarco y otros, Las reformas sociales en acción: Seguridad social (LC/L.1054), agosto de 1997.

- 19 Francisco León y otros, Las reformas sociales en acción: Empleo (LC/L.1056), agosto de 1997.
- 20 Alberto Etchegaray y otros, Las reformas sociales en acción: Vivienda (LC/L.1057), septiembre de 1997.
- 21 Irma Arriagada, Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo (LC/L.1058), septiembre de 1997.
- 22 Arturo León, Las encuestas de hogares como fuentes de información para el análisis de la educación y sus vínculos con el bienestar y la equidad (LC/L.1111), mayo de 1998. [www](#)
- 23 Rolando Franco y otros, Social Policies and Socioeconomic Indicators for Transitional Economies (LC/L.1112), mayo de 1998.
- 24 Roberto Martínez Nogueira, Los proyectos sociales: de la certeza omnipotente al comportamiento estratégico (LC/L.1113), mayo de 1998. [www](#)
- 25 Gestión de Programas Sociales en América Latina, Volumen I (LC/L.1114), mayo de 1998.
- 25 Metodología para el análisis de la gestión de Programas Sociales, Volumen II (LC/L.1114/Add.1), mayo de 1998. [www](#)
- 26 Rolando Franco y otros, Las reformas sociales en acción: La perspectiva macro (LC/L.1118), junio de 1998. [www](#)
- 27 Ana Sojo, Hacia unas nuevas reglas del juego: Los compromisos de gestión en salud de Costa Rica desde una perspectiva comparativa (LC/L.1135), julio de 1998. [www](#)
- 28 John Durston, Juventud y desarrollo rural: Marco conceptual y contextual (LC/L.1146), octubre de 1998. [www](#)
- 29 Carlos Reyna y Eduardo Toche, La inseguridad en el Perú (LC/L.1176), marzo de 1999.
- 30 John Durston, Construyendo capital social comunitario. Una experiencia de empoderamiento rural en Guatemala (LC/L.1177), marzo de 1999. [www](#)
- 31 Marcela Weintraub y otras, Reforma sectorial y mercado de trabajo. El caso de las enfermeras en Santiago de Chile (LC/L.1190), abril de 1999.
- 32 Irma Arriagada y Lorena Godoy, Seguridad ciudadana y violencia en América Latina: Diagnóstico y políticas en los años noventa (LC/L.1179-P), Número de venta: S.99.II.G.24 (US\$ 10.00), agosto de 1999. [www](#)
- 33 CEPAL PNUD BID FLACSO, América Latina y las crisis (LC/L.1239-P), Número de venta: S.00.II.G.03 (US\$10.00), diciembre de 1999. [www](#)
- 34 Martín Hopenhayn y otros, Criterios básicos para una política de prevención y control de drogas en Chile (LC/L.1247-P), Número de venta: S.99.II.G.49 (US\$ 10.00), noviembre de 1999. [www](#)
- 35 Arturo León, Desempeño macroeconómico y su impacto en la pobreza: análisis de algunos escenarios en el caso de Honduras (LC/L.1248-P), Número de venta S.00.II.G.27 (US\$10.00), enero de 2000. [www](#)
- 36 Carmelo Mesa-Lago, Desarrollo social, reforma del Estado y de la seguridad social, al umbral del siglo XXI (LC/L.1249-P), Número de venta: S.00.II.G.5 (US\$ 10.00), enero de 2000. [www](#)
- 37 Francisco León y otros, Modernización y comercio exterior de los servicios de salud/Modernization and foreign Trade in the Health Services (LC/L.1250-P) Número de venta S.00.II.G.40/E.00.II.G.40 (US\$ 10.00), marzo de 2000. [www](#)
- 38 John Durston, ¿Qué es el capital social comunitario? (LC/L.1400-P), Número de venta S.00.II.G.38 (US\$ 10.00), julio de 2000. [www](#)
- 39 Ana Sojo, Reformas de gestión en salud en América Latina: los cuasimercados de Colombia, Argentina, Chile y Costa Rica (LC/L.1403-P), Número de venta S.00.II.G.69 (US\$10.00), julio de 2000. [www](#)
- 40 Domingo M. Rivarola, La reforma educativa en el Paraguay (LC/L.1423-P), Número de venta S.00.II.G.96 (US\$ 10.00), septiembre de 2000. [www](#)

- 41 Irma Arriagada y Martín Hopenhayn, Producción, tráfico y consumo de drogas en América Latina (LC/L.1431-P), Número de venta S.00.II.G.105 (US\$10.00), octubre de 2000. [www](#)
- 42 ¿Hacia dónde va el gasto público en educación? Logros y desafíos, 4 volúmenes:
Volumen I: Ernesto Cohen y otros, La búsqueda de la eficiencia (LC/L.1432-P), Número de venta S.00.II.106 (US\$10.00), octubre de 2000. [www](#)
Volumen II: Sergio Martinic y otros, Reformas sectoriales y grupos de interés (LC/L.1432/Add.1-P), Número de venta S.00.II.G.110 (US\$10.00), noviembre de 2000. [www](#)
Volumen III: Antonio Sancho y otros, Una mirada comparativa (LC/L.1432/Add.2-P), Número de venta S.01.II.G.4 (US\$10.00), febrero de 2001. [www](#)
Volumen IV: Silvia Montoya y otros, Una mirada comparativa: Argentina y Brasil (LC/L.1432/Add.3-P), Número de venta S.01.II.G.25 (US\$10.00), marzo de 2001. [www](#)
- 43 Lucía Dammert, Violencia criminal y seguridad pública en América Latina: la situación en Argentina (LC/L.1439-P), Número de venta S.00.II.G-125 (US\$10.00), noviembre de 2000. [www](#)
- 44 Eduardo López Regonesi, Reflexiones acerca de la seguridad ciudadana en Chile: visiones y propuestas para el diseño de una política (LC/L.1451-P), Número de venta S.00.II.G.126 (US\$10.00), noviembre 2000. [www](#)
- 45 Ernesto Cohen y otros, Los desafíos de la reforma del Estado en los programas sociales: tres estudios de caso (LC/L.1469-P), Número de venta S.01.II.G.26 (US\$10.00), enero de 2001.
- 46 Ernesto Cohen y otros, Gestión de programas sociales en América Latina: análisis de casos, 5 volúmenes:
Volumen I: Proyecto Joven de Argentina (LC/L.1470-P), Número de venta S.01.II.G.5 (US\$10.00), enero de 2001. [www](#)
Volumen II: El Programa Nacional de Enfermedades Sexualmente Transmisibles (DST) y Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA) de Brasil (LC/L.1470/Add.1-P), Número de venta S.01.II.G.5 (US\$10.00), enero de 2001. [www](#)
Volumen III: El Programa de Restaurantes Escolares Comunitarios de Medellín, Colombia (LC/L.1470/Add.2-P), Número de venta S.01.II.G.5 (US\$10.00), enero de 2001. [www](#)
Volumen IV: El Programa Nacional de Apoyo a la Microempresa de Chile (LC/L.1470/Add.3-P), Número de venta S.01.II.G.5 (US\$10.00), enero de 2001. [www](#)
Volumen V: El Programa de Inversión Social en Paraguay (LC/L.1470/Add.3-P), Número de venta S.01.II.G.5 (US\$10.00), enero de 2001. [www](#)
- 47 Martín Hopenhayn y Alvaro Bello, Discriminación étnico-racial y xenofobia en América Latina y el Caribe (LC/L.1546-P), Número de venta S.01.II.G.87 (US\$10.00), mayo de 2001. [www](#)
- 48 Francisco Pilotti, Globalización y Convención sobre los Derechos del Niño: el contexto del texto (LC/L.1522-P), Número de venta S.01.II.G.65 (US\$10.00), marzo de 2001. [www](#)
- 49 John Durston, Capacitación microempresarial de jóvenes rurales indígenas en Chile (LC/L.1566-P), Número de venta S.01.II.G.112 (US\$ 10.00), julio de 2001.
- 50 Agustín Escobar Latapí, Nuevos modelos económicos: ¿nuevos sistemas de movilidad social? (LC/L.1574-P), Número de venta S 01.II.G.117 (US\$10.00), julio de 2001.

Otras publicaciones de la CEPAL relacionadas con este número

El lector interesado en números anteriores de esta serie puede solicitarlos dirigiendo su correspondencia a la División de Desarrollo Social, CEPAL, Casilla 179-D, Santiago de Chile. No todos los títulos están disponibles.

- Los títulos a la venta deben ser solicitados a Unidad de Distribución, CEPAL, Casilla 179-D, Santiago, Chile, Fax (562) 210 2069, publications@eclac.cl.
- **www:** Disponible también en Internet: <http://www.eclac.cl>

Nombre:
Actividad:
Dirección:
Código postal, ciudad, país:
Tel.: Fax: E.mail:

políticas sociales

Series

CEPAL

COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
ECONOMIC COMMISSION FOR LATIN AMERICA AND THE CARIBBEAN
www.cepal.org



9

789213

1218761

01-07-0572 - Julio de 2001
ISBN 92-1-321876-1 • S.01.II.G.117
Copyright © Naciones Unidas 2001
Impreso en Naciones Unidas - Santiago de Chile